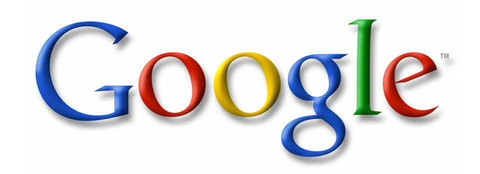



1817
ARTES
SCIENTIA
VERITAS
LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF MICHIGAN
TUEBOR
CIRCUMSPICE

GALERIA DRAMATICA

DE

DON MANUEL PEDRO DELGADO,

en Madrid, calle de Jesus y María, n.° 4.

COMPRENDE

MUCHAS Y BUENAS OBRAS DE TEATRO,

ESCRITAS POR AUTORES DE CONOCIDA REPUTACION.



SE VENDEN AL POR MENOR EN MADRID

librerías de Cuesta y Rios.

Y en las provincias, á la vuelta se citan.

CATÁLOGO DE LAS COMEDIAS QUE CONTIENE ESTA GALERÍA,
publicadas hasta 1.° de Febrero de 1858.

Abadía de Castro.—Abuelito.—Abuelo.—Abuela.—A cazar me vuelvo.—Acert
ccion de Villalar.—Adel el Zegrí.—Adolfo.—Afan de figurar.—A la una.—A la Zorra
lberoni.—Alberto.—Alcalde Ronquillo.—Al César lo que es del César.—A lo hech
onso el Casto.—Alfredo de Lara.—Alfonso Munio.—Alonso Cano.—Amante prestad
le Teruel.—Ambicion.—Ambicioso.—Amigo en candelero.—Amigo mártir.—Amo cr
le madre.—Amor de hija.—Amor y deber.—Amor y nobleza.—Amor y amistad.—
us agravios.—Amoríos de 1790.—Angelo.—Ango.—Antony.—Antonio Perez.—Apo
leron.—Aragon y Castilla.—Ardides de un cesante.—A rio revuelto.—Arte de cons
le hacer fortuna.—Astrólogo de Valladolid.—Atrás.—Aviso á las coquetas.—A un
nayor.—Aurora de Colon.—Ayuda de cámara.—Anillo de la duquesa.—Arte por
mores á nieve.—Amar sin dejarse amar.

Bachiller Mendarias.—Baltasar Cozza.—Bandera blanca.—Bandera negra.—Bá
erg.—Barbero de Sevilla.—Bastardo.—Batelera de Pasages.—Batilde, ó América lil
as.—Blanca de Borbon.—Beltran el napolitano.—Bodas de doña Sancha.—Borras
on —Bruja de Lanjaron.—Bruno el tejedor.

Caballero de industria.—Caballero leal.—Caballo del rey don Sancho.—Cada cu
on.—Cada cosa en su tiempo.—Calentura.—Calígula.—Calumnia.—Campanero de
apas.—Capitan de Fragata.—Carcajada.—Carcelero.—Cárlos II el hechizado.—Cár
rin.—Casada, vírgen y mártir.—Casamiento nulo.—Casamiento sin amor.—Casami
oche.—Cásate por interés.—Castigo de una madre.—Castillo de S. Alberto.—Casuali
alina de Médicis.—Catalina Howar.—Cazar en vedado.—Cecilia la cieguecita.—C
nfundados.—Cerdan, justicia de Aragon.—Chiton.—Cisterna de Albi.—Club revol
obradores del banco.—Coja y el encogido.—Colegialas de Saint-Cyr.—Colon y el judí
ómicos del rey de Prusia.—Comodin.—Compositor y la estrangera.—Conde don J
uracion de Fiesco.—Conspirar por no reinar.—Con amor y sin dinero.—Contigo pan
opa de marfil.—Corazon de un soldado.—Corsario.—Corte del Buen Retiro, 1.ª part
el Buen Retiro, 2.ª parte.—Corte de Cárlos II.—Cortesanos de don Juan II.—Crisol de la
ristiano, ó las máscaras negras.—Cristóbal el leñador.—Cromwel.—Cruz de oro.—C
cabe el amor.—Cuarentena.—Cuarto de hora.—Cuentas atrasadas.—Cuidado con las
uñado.—Cuna no dá nobleza.—Celos de un alma noble.

Daniel el tambor.—Degollacion de los inocentes.—Del mal el menos.—Desban.—D
lo.—Desengaño en un sueño.—Detrás de la cruz el diablo.—De un apuro otro mayor
ojuelo.—Dia mas feliz de la vida.—Diana de Chivri.—Dios mejora sus horas.—Dios
llos se juntan.—Diplomático.—Disfraz.—Disfraces á media noche.—Dómine consejero
aro de Luna.—Don Alvaro ó la fuerza del sino.—Don Crisanto.—Don Fernando el de
a.—Don Fernando el Emplazado.—Don Jaime el Conquistador.—Don Juan de Aust
uan Tenorio.—Don Juan de Marana.—Don Rodrigo Calderon.—Don Trifon, ó todo po
o.—Don Juan Trapisonda.—Doña Blanca de Navarra.—Doña Gimena de Ordoñez.—D
le Molina.—Doña Mencía.—Doña Urraca.—Dos amos para un criado.—Dos hijas ca
os doctores.—Dos coronas.—Dos validos.—Dos celosos.—Dos granaderos.—Dos pa
na hija.—Dos solterones.—Dos vireyes.—Dos venganzas y un castigo.—Dos tribunos.
y compañía.—Duque de Braganza.—Duque de Alba.—Duquesita.—Dote de María.—D
ga sin palo.—Duende del meson, *zarzuela.*

E. H.—Eco del torrente.—Editor responsable.—Egilona.—Elisa, ó el precipicio.—
asa por todo pasa.—Elvira de Albornoz.—Ella es.—Ella es él.—Ellas y nosotros.—
Empeños de una venganza.—Encubierto de Valencia.—Encantos de la voz.—Engañ
verdad.—Entremetido.—Entrada en el gran mundo.—Ernesto.—Errores del corazon.
le mano.—Escuela de las casadas.—Escuela de las coquetas.—Escuela de los periodist
uela de los viejos.—Espada de mi padre.—Espada de un caballero.—Españoles sob
Estaba de Dios.—Está loca.—Estrella de oro.—Errar la vocacion.—Es un bandido.—
y ambicion.—Escomulgado.—El diablo está en todas partes.—En palacio y en la calle.
del siglo de las luces.—Espulsion de los jesuitas.—Escuela de las amigas.—Espiacion de

Fabio el novicio.—Familia del boticario.—Familia de Falklan.—Familia improvisada.
tico por las comedias.—Farsa, ó mentira y verdad.—Felipe.—Felipe el Hermoso.—
Mairena.—Fernan-Gonzalez, 1.ª parte.—Fernan-Gonzalez, 2.ª parte.—Finezas contra d
Flaquezas ministeriales.—Flavio Recaredo.—Floresinda.—Fortuna contra fortuna.—F
le Leon.—Frenología y magnetismo.—Frontera de Saboya.—Funcion de boda sin boda.
eranza y osadía.

Gaban del rey.—Gabriel.—Gabriela de Belle Isle.—Galan duende.—Ganar perdiendo.
laso de la Vega.—Gaspar el ganadero.—Gastrónomo sin dinero.—Gata mujer.—Genove
dolero.—Gran capitan.—Grumete.—Guante de Coradino.—Guantes amarillos.—Guill
man.—Guillelmo Tell.—Guzman el bueno.—Gracias de Gedeon.—Garras del diablo, z

Hasta el fin nadie es dichoso.—Hacerse amar con peluca.—Hermana del sargento.
ni, ó el honor castellano.—Héroe por fuerza.—Heroismo y virtud.—Higuamota.—Hija
o.—*Hija del regente.*—Hija, esposa y madre.—Hijo de la tempestad.—Hijo de la viud

DETRAS DE LA CRUZ, EL DIABLO.

COMEDIA

EN TRES ACTOS Y EN VERSO

DE

D. Tomás Rodriguez Rubí.

Este drama ha sido aprobado para su representacion por la Junta de censura de los Teatros del Reino en 17 de Octubre de 1849.

M. P. D.

MADRID.

IMPRENTA DE DON CIPRIANO LOPEZ.
Cava-baja, n.° 19, bajo.
Junio 1857.

PERSONAS.	ACTORES.
DOÑA MARÍA.	*Sra. D.ª Juana Perez.*
DOÑA PETRA.	*Sra. D.ª Concepcion Sampelayo.*
DON PABLO.	*Sr. D. Juan Lombía.*
DON TADEO.	*Sr. D. Antonio Pizarroso.*
DON CRISPIN.	*Sr. D. Vicente Caltañazor.*
FABRICIO.	*Sr. D. Agustin Azcona.*
LUCÍA.	*Sra. D.ª Catalina Flores.*

ACTO PRIMERO.

ala amueblada con lujo.=Puerta en el fondo.=A la derecha dos, una secreta.=Otra puerta á la izquierda y una chimenea encendida.=En el centro del teatro un velador con tapete.=Butacas, sillones, etc., etc.

ESCENA PRIMERA.

DON PABLO. FABRICIO.

Pablo. Fabricio, por mas que digas,
yo mi gusto he de cumplir;
conque déjame dormir,
porque en vano te fatigas.

Fabricio. Razon tiene usted, señor;
que siga la zarabanda;
bien mirado, quién me manda
meterme á predicador?
Yo no sé por qué me tomo
tanto interés por la casa;
qué me importa lo que pasa?
soy yo mas que el mayordomo?
Aunque á usted le vi nacer,
y cuido de su fortuna
desde que estaba en la cuna,
yo no me debo meter
en decirle... señor, hola!
que por ahí va usted mal...
yo debo ser material
y dejar rodar la bola.
Y adular, y... ya se ve...
:

entre tanto al matrimonio
que se lo lleve el demonio,
y reirme como usté.

Pablo. Oh qué infinito charlar!
Hoy te has propuesto, Fabricio,
conducirme al sacrificio
sin dejarme respirar.
Dá de mano á tus protestas,
ya sé, la lealtad las guia;
pero, amigo, todavía
no tengo la casa acuestas.

Fabricio. Que llegará usté á tener...

Pablo. Qué prediccion tan satánica!
y si una pasion volcánica
me profesa mi mujer;
si tiene dos mil antojos
y ese genio endemoniado,
quieres que vaya colgado
de las niñas de sus ojos?
Pues me gusta: he de rabiar
ó reir á su manera?
quién le manda que me quiera
mas de lo que es regular?

Fabricio. Si no es eso.

Pablo. Pues qué es?

Fabricio. Es que usted encontró el modo
de darle en rostro con todo...
y todo lo hace al revés.
La señora se desvive
tan solo porque la quiera...
y usted si se marcha fuera
ni dos reglones la escribe:
ni juntos, á lo que creo,
jamás se les vió en el Prado,
y cada cual por su lado
siempre andamos de bureo.
A todo dice usté amen
sin mas frases amorosas,
ni... en fin, qué sé yo, esas cosas
que dice el que quiere bien.

Pablo. (*Tomando otra postura mas cómoda.*)
Pues ya!

Fabricio. Jesus, qué carcoma!
Pablo. Yo estoy por no decir nada.
Fabricio. Y si una vez enojada...
Pablo. Bien está San Pedro en Roma.
Me casé... mi cuenta es fiel,
dos años hará... y un dia;
y hemos de ser todavía
los amantes de Teruel?
De amor la lumbre es fugaz...
y en fin, yo estoy en lo justo;
me he propuesto hacer mi gusto,
haga ella el suyo, y en paz.
Fabricio. Señor don Pablo, eso es
conspirar contra sí mismo;
eso es abrir un abismo
y meter en él los pies.
Mujer que es jóven, bonita
y con esa libertad...
buena está la sociedad!!
Y si en ella se desquita...
entiende usté?
Pablo. Entiendo, entiendo.
Fabricio. Pero...
Pablo. Sigue sin temor,
mientras que al sordo rumor
de tu voz me voy durmiendo.
Fabricio. (*Bajo.*) Hum! por mas que uno desea...
pues, nada en limpio se saca:
ahí metido en la butaca
soplando la chimenea,
componiendo los tizones,
ó bien los ojos cerrando,
pasa la vida roncando...
Uf! mal haya en los poltrones.

ESCENA II.

DON PABLO.

Ay, qué trabajo es tener
criados tan serviciales!
Pero es el mal de los males

si al amo vieron nacer,
desenvolverse y crecer...
que aunque llegue á edad decrépita
con mas años que un palmar,
para ellos siempre es un párvulo
muy fácil de manejar.
—Pues buen responso me echó:
y dale con que he de ser
el galan de mi mujer...
no hay duda, el seso perdió.
Pero lo bueno es que yo
tanto caso hago del crítico
como del a, b, c, d,
porque es un alma de cántaro,
aunque de muy buena fé.—
Mejor es la chimenea,
y si estamos bajo cero
con mas gusto la prefiero.
Se enciende y chisporrotea,
la llama se balancea;
ya se ahoga y vuelve lívida,
principia el tronco á humear;
al aire brota, y de súbito
torna á chisporrotear.
Y si por dicha embebido
en este tan vario juego
se va uno quedando luego
poquito á poco dormido,
esto sí que es divertido.
Cruzan mil séres fantásticos
que nada dicen de amor,
y al fin se cierran los párpados
del fuego al blando calor.

ESCENA III.

DOÑA MARÍA. DON PABLO. LUCÍA.

Maria. Durmiendo! Lo ves, Lucía?
Lucia. De eso nada hay que estrañar,
porque se vino á acostar
cuando ya rayaba el dia.

Maria. Hola! nocturnas jornadas?
Hay hombre mas fementido?
Yo durmiendo, y mi marido
haciendo calaveradas!
Esta es mucha humillacion:
tal desprecio he de sufrir?
jamás!... le voy á pedir
cumplida satisfaccion.
Lucia. Por Dios y hombre verdadero
no llegue usted; si se enfada
y no consigue usted nada,
será peor...
Maria. Yo lo quiero.
Se estará así todo el dia,
pues, dormir y mas dormir,
y tenemos que salir
á recibir á mi tia.
Y antes quiero pasear
y estrenar la carretela,
y visitar á Marcela,
y á Vitoria, y á Pilar...
Y aunque sea con un cordel
ha de venir donde voy,
porque quiero ir desde hoy
á todas partes con él.
Vamos á ver...
Lucia. No le inquiete....
Maria. Salte afuera.
Lucia. Pero y si...
Maria. No importa, déjame á mí,
que ya le conozco, vete.
Á todo estoy decidida...
pues bonito genio gasto...
y sino accede, ni un trasto
va á quedar aquí con vida.

ESCENA IV.

DOÑA MARÍA. DON PABLO.

Maria. Pablo?
Pablo. (*Ap.*) Santa Vírgen de la Paz,

te ruego que estés alerta.

Maria. Pablito?

Pablo. (Sí, á la otra puerta.)

Maria. Ah, qué sueño tan tenaz!
(*Gritando y dándole un fuerte empellon.*)
Caballero!

Pablo. (*Mas alto.*) Señora!!

Maria. Ah!

Pablo. Calla! eres tú, Mariquita?
Soñaba que una maldita
bruja... pero eras tú... va!
(*Vuelve á recostarse en la butaca.*)

Maria. Y te vuelves á tender?

Pablo. Sí.

Maria. Y no es una picardía
hacer de la noche dia?

Pablo. Pero... y qué quieres, mujer.

Maria. Qué quiero? saber adónde
pasaste la noche entera:
vamos, secretos afuera,
yo te lo mando, responde.

Pablo. (*Soñoliento y tartamudeando.*)
A... ano... che...
(*Pausa.*)

Maria. Pues se durmió;
tornó á inclinar la cerviz...
hay mujer mas infeliz,
mas despreciada que yo?
Oh!... qué lástima de fragua!
(*Sacudiéndole fuertemente.*)
Oye, Pablo, vamos, tente...
no quieres? bueno, prevente;
voy á echarte un jarro de agua.

Pablo. (*Incorporándose un poco.*)
Eh!... chica!!...

Maria. Hola, señor mio;
parece que dá pavor...

Pablo. me gusta el dispertador...
vaya... apenas hace frio!

Maria. Pues no has de librarte de él,
porque quiero hacerte daño;
y cuando menos un baño...

Pablo. Huif!... huif!!... por qué tan cruel?
María. Cruel me llamas á mí
por una cosa tan leve?
Entonces, traidor, aleve,
cómo he de llamarte á tí?
Qué nombre le he de poner
á un hombre tan libertino...
con todo el mundo muy fino,
pero no con su mujer?
Que suele estarse en visita
una noche, y no parece...
Vamos, qué nombre merece?
Pablo. No hagas caso, Mariquita.
María. Esa calma, esa frialdad
me aburre, me... quién tal vió?
Pablo, tú quieres que yo
haga alguna atrocidad.
Eso es burlarse de mí...
hombre, de esa indiferencia
no te acusa la conciencia?
Vamos claros, di que sí.
Di que te insulta mi amor,
que algun otro te avasalla...
dímelo!... pero, no; calla,
porque ignorarlo es mejor.
Ignorarlo!... es imposible;
tú no querrás á ninguna,
porque á ser tal mi fortuna,
la vengaza fuera horrible.
No es así?... pero el encono
vaya á un lado, Pablo mio;
no me trates con desvío,
y todo te lo perdono.
Nuevo sol ha de lucir
para los dos desde hoy...
estás?
Pablo. Vaya, sí, aquí estoy...
pero... déjame dormir.
María. Se acabó, no hay mas que ver,
me quita toda esperanza...
y no he de tomar venganza?...
(*Tomando el jarro del velador.*)

Agua va...

Pablo. Tente, mujer.

Qué rareza!... adónde vas?

Maria. No temas, deja el desvelo...

quién echa á la nieve hielo?...

(*Volviendo á colocar el jarro en el velador.*)

no quiero enfriarte mas.

(*Se sienta, tapándose el rostro con el pañuelo.*)

Pablo. Pues señor, viva el amor.

Lindo; y ó yo no lo entiendo,
ó esto se va poniendo
cada vez mucho peor.
Felicidad conyugal!
dónde estás? en qué consistes?
te buscan mis ojos tristes
y no encuentran tu fanal.
Mire usted que es fuerte lance!
que quiera mi esposa bella
que yo me porte con ella
como galan de romance?
A cada paso un atranco
y suspirar y gemir...
y dale conque he de ir
armado de punta en blanco
con requiebros y ternezas...
Ya se ve, si ese es su flaco...
ah mujer!... tú eres el saco
de las humanas flaquezas.
No, pues yo no me casé
para esclavizar mi gusto.
Yo la atiendo, como es justo;
pero esos mimos... á qué?
A dos años de camino
por la conyugal carrera,
todo eso es pura quimera:
el pan, pan; y el vino, vino.

(*Mirándola.*)

Soberbio!... no hay mas que ver:
héla ahí, llora que llora...
por vida de mi señora!...
Válgate Dios por mujer!
Mariquita?

Maria. (*Levantándose precipitadamente.*)
Qué me quieres?
Pablo. No llorabas, alma mia?
Maria. Iba á hacerlo...
Pablo. Eres, María,
el *non plus* de las mujeres.
Y yo que pensé ¿hay tal cosa?
que en llanto estabas bañada...
Y estabas tan recatada
haciendo la Dolorosa?
Maria. Pérfido! bien lo deseas:
ese es tu mayor encanto;
ya sé que si vierto llanto,
con mi llanto te recreas;
tú lo has dicho...
Pablo. (*Con desesperacion.*)
No, mujer;
yo no lo he dicho jamás...
Maria. Muy bueno; pero lo dás
con ese modo á entender.
Pablo. Ya!... Mariquita? ten calma:
mi bien, mi luz, mi embeleso,
mi... juro que vivo... preso...
Maria. Vaya, esto es hablar á el alma:
esto se llama sentir...
por qué tu labio ocultó...
Pablo. Por qué, por qué?... qué sé yo...
mira, déjame dormir.
Maria. Nada de eso: no hay clemencia:
te quiero despabilado.
Pablo. (Por Dios que estoy asombrado
de tener tanta paciencia.)
Qué quieres que haga, María?
Maria. Yo lo diré. No hemos de ir,
Pablo mio, á recibir
á mi muy amada tia?
Tengo deseos tan grandes...
Pablo. Como tú quieras, mujer.
Maria. No; si no quiero querer,
si quiero que tú lo mandes.
Tú mi dueño y señor eres;
jamás la mujer mandó...

Si creerás que no sé yo
mi obligacion, mis deberes.

Pablo. Oh! sí, me admiro, y me asusto
de tu exacto parecer;
nunca manda la mujer
cuando obedecen su gusto.

ESCENA V.

DOÑA MARÍA. DON PABLO. FABRICIO.

Maria. Fabricio, dile á Domingo
que al punto ponga el carruage.

Fabricio. Muy bien. (*A D. Pablo.*) Por usted pregunt[a]
un caballero...

Maria. Ya es tarde.
Dile que no está mi esposo;
que yo no recibo á nadie;
y en fin, que vuelva otro dia...

Pablo. No, mujer. (*A Fabricio.*) Dile que pase.

Maria. Qué! Lo vas á recibir?

Pablo. No me gusta hacer desaires.

Maria. Pero, y...

Pablo. Despues.

Maria. Hum!

Fabricio. Qué digo?

Maria. Lo que tu señor te mande.
Pero despáchalo pronto,
mientras yo me arreglo el trage,
porque si no salgo yo
y hago que tome el portante.
(*A Fabricio.*)
Oye! que avise Domingo
en el momento que enganche.

ESCENA VI.

DON PABLO. FABRICIO.

Pablo. Y quién es ese señor?

Fabricio. Un jóven muy elegante...

Pablo. Muy elegante?

Fabricio. Y por cierto
algo vivo de carácter.
Queria el caballerete
entrar sin que lo anunciasen.
Pablo. Dijo su nombre?
Fabricio. Sí dijo.
Don Tadeo Gil Monsalve...
Pablo. Aguarda! ese perillan
está en Madrid? que me place!
Fabricio. Le conoce usted?
Pablo. No es nada!
Si hemos sido inseparables...
Fabricio. Pues entonces le diré...
Pablo. Nos llamaban los amantes...
Rostro airado, no es verdad?
La mirada penetrante...
Fabricio. Sí señor.
Pablo. Vamos, el mismo.
Algo brusco en sus modales...
Fabricio. Muy brusco, sí señor.
Pablo. Pues
donde lo ves, es un ángel...
Fabricio. Pero, en fin...
Pablo. Bravo muchacho!
de corazon y...
(*Ruido dentro.*)
Tadeo. Qué diantre!
Yo no hago nunca antesalas.
A un lado, canalla infame!
Fabricio. Lo oye usted?
Pablo. (*Con regocijo.*) Esa es su voz.
Fabricio. Pero ha de entrar?
Pablo. Sí, que pase.
Fabricio. (*Bajo.*)
Reventáras una vez...
Caballerito, adelante.

ESCENA VII.

DON PABLO. DON TADEO.

Tadeo. Entendámonos, amigo.

¿Es don Pablo de Rosales
el que habita en esta casa,
ó es el rico negociante
que quiere con los de afuera
echársela de magnate?

Pablo. Hombre, por qué lo preguntas?

Tadeo. Porque me es indispensable:
porque quisiera al primero
uno y mil abrazos darle,
y desafiar al segundo
por necio, por petulante.

Pablo. Ja! ja! ja! Toma los mios.
(*Se abrazan.*)
Siempre el mismo, hecho un vinagre...
chico!... no te apures nunca
por cosas que nada valen.

Tadeo. ¿Y quién sufrirá tranquilo
á esa estúpida falange
de porteros y lacayos?
quién las preguntas que hacen?
Yo, capitan de fragata
de la marina mercante...

Pablo. Sí?

Tadeo. Acostumbrado á mandar
con un pedazo de cable,
he de aguantar á esa gente
que se venga al abordaje?

Pablo. Qué le hemos de hacer, Tadeo?
Son todos tan ignorantes,
que... Soberbio! Capitan,
eh? conque estamos en grande?
Cuéntame tus aventuras;
qué viento á Madrid te trae,
y cómo en solos tres años
tan alto puesto alcanzaste.

Tadeo. Nada tiene, amigo Pablo,
mi historia de interesante,
y los sucesos de ella
se pueden llamar vulgares.
Por un amor imposible
y otros muy curiosos lances
pensé dejar este mundo...

Pablo. Jesus! hombre, suicidarse?
Tadeo. No; dejar el mundo viejo
y al nuevo mundo pasarme.
Pablo. Ya!
Tadeo. Me embarqué...
Pablo. Buena idea.
Tadeo. Y en fin, me lancé á los mares.
Pablo. Famoso! Oh intrepidez! digna
de un Colon, de un Magallanes...
Tadeo. Me quieres dejar hablar?
Pablo. Tadeillo, no te espante
mi entusiasmo: cuando escucho
hablar de lances navales
yo no sé lo que me pasa;
me agito, me... dán calambres...
me encanta el mar... desde lejos...
Tadeo. Y de cerca?
Pablo. No me hables!
Tadeo. Pues no vayas á creer
que voy ahora á contarte
escenas maravillosas
que te aturdan y te pasmen.
Pablo. Bien, hombre...
Tadeo. A los ocho dias
de mi muy próspero viaje
cambió de repente el viento;
tuvimos mar de levante,
y en breve fuimos juguete
de violentos huracanes.
Pablo. Friolera!...
Tadeo. Durmióse el buque,
la gente por todas partes
gritando desesperada...
Buum!!!...
Pablo. Qué es eso? os estrellásteis?
Tadeo. Hombre, no; es un cañonazo
que se tiró; pero en balde.
El capitan no sabia
á qué santo encomendarse:
teniamos la bodega
con dos brazas muy cabales;
larga avería... y, en fin,

en tan apurado trance
no quedaba mas remedio
que...

Pablo. Cuál?

Tadeo. El de conformarse
á ser pasto muy en breve
de tiburones voraces.

Pablo. No es cosa! y esas escenas
son las que llamas vulgares?

Tadeo. Sí tal, y á ellas está espuesto
todo el que á la mar se lance.

Pablo. Con qué frescura lo dice...
y bien, qué tal, naufragásteis?

Tadeo. Qué naufragar! nada de eso.
Por inspiracion de un ángel,
al verlo todo perdido
arrostrar quise... yá sabes
que allá en San Telmo estudié,
y que á Tadeo Monsalve
se le declaró piloto
en los primeros exámenes.

Pablo. Cabal.

Tadeo. Pues bien; tomé el mando
del buque, y en un instante...
hice picar masteleros,
dirigí los calafates,...
á las bombas todo el mundo!
al agua los equipages!
la mar estaba de proa,
soplaba á estribor el aire,
orcé á babor, y al momento
en juego puse la nave.

Pablo. Bravo, chico! Mereciste
el título de almirante.

Tadeo. A bordo no me llamaban
sino el capitan Monsalve:
tomé buen rumbo, y muy pronto
llegamos á Buenos-Aires.
Quiso allí la compañía
del buque recompensarme,
y me ofreció una fragata
para que yo la mandase.

Como iba á buscar fortuna
la eché de este modo el guante,
y en dos años muy cumplidos
he estado haciendo viajes
á la América del Sur
y á Poniente y á Levante...
qué sé yo!... al fin he reunido
millon y pico de reales
que vengo á gastar en tierra,
y dure lo que durare.
Esta es, don Pablo, mi historia,
sin ponerle ni quitarle.

Pablo. Historia digna de tí,
muy propia de tu carácter...
conque por un amorcillo
con imposibles... qué diantre!
eso es bueno... á mí me gusta
que haya en los amores lances...
pero nada me dijiste;
qué reserva! eso es tratarme...

Tadeo. Dejémonos de eso ahora.
Yo no le revelo á nadie
mis cuitas, mis infortunios,
cuando no puede ayudarme.
Qué querias que yo hiciera?
Adoraba ciego á un ángel
¡qué chica! que la pedí
y me la negó su padre.

Pablo. Qué tiranía!

Tadeo. Qué bárbaro!
Y por qué? por nimiedades:
porque andaba aquí hecho un vago
sin querer acomodarme:
porque jugaba y tenia
un qué sé yo, cierto aire
de hombre atroz... pues me plantó
de patitas en la calle.
Pero ahora es otra cosa,
soy hombre de capitales;
ya veremos si el vejete
aun se atreve á despreciarme.

Pablo. Y te casarás?

Tadeo. Pues no.
Pablo. Chico, requiescat in pace.
Tadeo. Qué!... me he de morir por eso?
Pablo. Puedes mandar que te canten...
Tadeo. Hombre, no: nada hay mas bello
que los goces conyugales.
Me aburre la soledad:
aislado por todas partes...
yo necesito un objeto
que me siga, que me ame...
Pablo. Ay, Tadeo de mi vida!
Si lo encuentras, no te espantes,
si lo hallas por la mañana
te suicidas por la tarde.
Tadeo. Eh! qué entiendes tú de eso?
Tú, solteron incurable,
mejor para anacoreta
que para otra cosa... calle!
Te ries? bueno. Quisiera
verte casado, por darte
la mas completa rechifla...
Pablo. Vaya! y por qué?...
Tadeo. Tu semblante
de repente ha variado...
Pablo. No... no lo creas... como antes...
siempre alegre...
Tadeo. No... qué gente
tienes en casa?
Pablo. Ps... nadie;
mi mujer y... uf!...
Tadeo. Tu mujer!
tu esposa... bien!... ja! ja!
Pablo. Dale!
Tadeo. Y eres tú el que se burlaba
de mi proyectado enlace?
Pablo. Yo no!
Tadeo. Voto va!... lo siento,
porque pensaba alojarme
contigo...
Pablo. Y te alojarás.
Tadeo. Hombre!...
Pablo. No irás á otra parte:

dónde mejor?... aquí, aquí...
mi casa es cómoda y grande.

Tadeo. Está bien; mas la señora...
y luego si su carácter
es áspero...

Pablo. Nada de eso;
por desgracia es harto amable...
quédate, chico, por Dios,
y me evitarás... quién sabe!...
Conque convenidos, eh?

Tadeo. Veremos; no quiero darte
palabra... voy al momento
á ver al representante...
de los Estados-Unidos...

ESCENA VIII.

DON PABLO. DON TADEO. FABRICIO.

Fabricio. Ya está enganchado el carruage.

Tadeo. Hola! carruage tenemos?

Pablo. Sí; lo he comprado de lance.

Tadeo. Pues voy á ver si me alquilan
uno por ahí...

Pablo. Disparate!
te puedes servir del mio,
que al fin, aunque no te agrade,
será mejor que un simon.

Fabricio. (Qué está diciendo!) Repare...

Tadeo. Pero no vas tú á salir?

Pablo. Qué he de salir, si hace un aire...
ni sé yo quién ha mandado
enganchar...

Fabricio. (Vírgen del Cármen!
Este hombre perdió los cinco.)

Tadeo. Pues acepto.

Pablo. Que me place!
Vamos al coche, Tadeo.

Tadeo. Pero quédate; ya sabes
que no gusto de cumplidos...
ya conoces mi carácter.

Pablo. Hombre, no es por ceremonia,
es placer de acompañarte.

ESCENA IX.

FABRICIO. *Despues* DOÑA MARÍA.

Fabricio. No hay duda, el coche se lleva
y se olvidó de la tia...
Qué dirá doña María
cuando reciba esta nueva?
No me queda mas que ver;
el diablo tiene á la oreja...
por un amigote, deja
in alvis á su mujer.
Voto á don Pablo! En verdad...
buen modelo de maridos!
Huy! ya zumba en mis oidos
la vecina tempestad.
María. (*Dentro.*) Pablo!
Fabricio. Andar!...
María. Conque te llamo
y te estás callando así?
Todavía no está aquí!...
Aun no se ha vestido tu amo?
Fabricio. Sí, ya va.
María. Cómo?
Fabricio. Que está
en eso pensando ahora.
María. Qué es lo que dices?
Fabricio. (*Alzando la voz.*) Señora!
esto, malo, malo va.
María. No entiendo...
Fabricio. Voto á los diablos!
tal modo de proceder!...
María. Mas, de quién?
Fabricio. Quién ha de ser!...
estoy echando venablos.
María. (*Con resolucion.*)
Acabemos! Qué infinito
misterio!... echémoslo á un lado.
Vamos á ver, qué ha pasado?
Fabricio, pronto y clarito.
Fabricio. Señora, por San Antonio
no me obligue usté á decir...

no; no quiero introducir
la guerra en el matrimonio.

Maria. Hablas de Pablo? Oh furor!

Fabricio. Y del coche tambien.

Maria. Qué?

Fabricio. Mas, yo le reprenderé...

Maria. Al coche!

Fabricio. No, á mi señor.

Maria. Te estás burlando de mí,
ó es que me quieres volver
loca?—¿Qué tiene que ver
el coche...

Fabricio. Que viene aquí!

Maria. El coche?

Fabricio. Otra! mi señor:
pero por Cristo, prudencia;
que no tengamos pendencia,
porque entonces es peor...

ESCENA X.

DOÑA MARÍA. DON PABLO. FABRICIO.

Pablo. (Mi mujer! memoria ingrata!
iba á esperar á su tia...)

Maria. Hombre, es hora todavía
de estar envuelto en la bata?
ó has adoptado ese trage
para visitar...

Fabricio. (Bien va!)

Maria. Supongo que ya estará
esperándome el carruage.

Fabricio. El carruage...

Pablo. (Ya está visto;
pues, Fabricio le ha contado
que yo al otro le he rogado...
y habrá la de Dios es Cristo.)

Maria. (*Con ironía.*)
Pablito, no dás audiencia,
ó insistes en tu manía
de dormir? di, vida mia.

Pablo. Mariquita, ten paciencia.

Qué quieres? lo siento, sí;
pero es ese caballero
un amigo tan sincero
que se desvive por mí.
Que iba á visitar contó
á no se qué personage,
yo le ofrecí mi carruage
por cumplir, y... lo aceptó.

Maria. Cómo! lo aceptó... y se fué...
y esa es toda tu cautela?...
Se llevan mi carretela!...
Santo Dios!... me quedo á pie!...

Pablo. Ps... yo...

Maria. Es antes un amigo
que una esposa, que una dama?...
Esa ha sido alguna trama
para no salir conmigo.

Pablo. Mujer!

Maria. Cabal, sí señor;
tú lo habrás comprometido,
y á la fuerza lo has metido
en el carruage... qué horror!

Pablo. Fabricio te lo ha contado.

Fabricio. Fabricio no ha dicho nada.

Pablo. Sí tal.

Fabricio. No tal.

Maria. Desdichda!

Pablo. Repito que...

Fabricio. Pues yo añado
que desde ahora me voy:
no quiero servir al diablo.

Pablo. (*Alto.*) Fabricio!

Fabricio. (*Mas.*) Señor don Pablo!!

Pablo. Cuando quieras.

Fabricio. Desde hoy;
que no ha de empeorar mi suerte... (*Vase.*)

ESCENA XI.

DOÑA MARÍA. DOÑA PETRA. DON PABLO. DON CRISPIN.

Petra. Señores...! qué algaravía...

Maria. Cielos! mi primo, mi tia.
Pablo. (Ahora sí que sale fuerte.)
Petra. Qué! llorabas?
Maria. No señora.
Petra. Oh! sí tal: vamos, qué es esto, sobrino?
Pablo. (Malo me he puesto...)
(*Tendiéndose en la butaca.*)
Pues no lo ve usted? — Que llora.
Petra. Ya... que llora!...
Pablo. De placer,
de entusiasmo, de alegría...
ya se ve, ha visto á su tia,
que es todo cuanto hay que ver.
Petra. No me deja satisfecha...
niña, cuéntame el suceso:
tienes disgustos?
Maria. Oh! de eso
hay aquí larga cosecha.
(*Siguen hablando aparte.*)
Crispin. (*Subiéndose por el respaldo de la butaca.*)
Yo soy Crispin.
Pablo. Crispin? ya;
no se venga usted encima...
Crispin. Soy el primo de mi prima,
y el hijo de mi mamá.
Pablo. Hola!
Crispin. Sí, y desde chiquito
de Maruja novio fuí;
pero despues la perdí
por usted...
Pablo. Calle! angelito.
Crispin. (*Sentado en la espalda de la butaca.*)
Y mire usted, aun la quiero.
Es tan guapa... no se asombre.
Pablo. Qué me he de asombrar!... pero hombre,
es usted titiritero?
(*Se levanta, y cae la butaca de espaldas con Crispin.*)
Crispin. Que me caigo!
Petra. Ay!... mi Crispin!
Crispin. Pues por poco...
Pablo. No hay cuidado,

tiene el primo adelantado
mucho para volatin.

Petra. Te has lastimado?

Crispin. Observemos...

Petra. Pablo, tenemos que hablar.

Crispin. Primo, yo quiero almorzar.

Pablo. Pues que le dén. Hablaremos.

Petra. Porque corregir quisiera
pronto y en paz lo que pasa.

Crispin. Cuidado con las de casa,
que yo soy muy calavera.

Pablo. (A que al primo y á la tia
los envío á pasear...)

Petra. Yo me debo interesar
por la suerte de María,
y aun por la tuya...

Pablo. (Reniego!...)
Pero usted, mirado bien,
querrá dormir, yo tambien:
conque... (*Se dirige á su habitacion.*)

Petra. Oye, Pablo.

Pablo. Hasta luego.

Crispin. Primito! —

(*Entra don Pablo y cierra la puerta.*)

ESCENA XII.

DOÑA MARÍA. DOÑA PETRA. DON CRISPIN.

Petra. Huye veloz!...
Conmigo tal grosería?
Y siempre es así, María?

Crispin. Tu marido es hombre atroz.

Maria. Hoy está desconocido;
pero qué le hemos de hacer?
Venga usté, venga usté á ver
el cuarto que he prevenido
en mi propia habitacion
para usted...

Petra. Yo hallaré modo
para que se arregle todo.

Maria. Será buena su intencion;

pero es tan fatal mi estrella...

Petra. No temas, contigo estoy.

Maria. Por dicha. Entre usted, que voy
á llamar á la doncella.

(*Entra doña Petra, y doña María tira del cordon de la campanilla.*)

ESCENA XIII.

DOÑA MARÍA. DON CRISPIN. LUCÍA.

Crispin. (Se retira mi mamá;
nos deja solos; me alegro.)

Lucia. Me llamaba usted, señora?

Maria. Entra al punto en mi aposento
por si há menester mi tia...

Lucia. Está muy bien, voy. (*Vase.*)

Crispin. Advierto,
Mariquita, que me tratas
como á un estraño: qué es esto?
Yo soy Crispin, el Crispin
de aquellos dichosos tiempos
que entusiasmado bebia
por esa cara los vientos.

Maria. Qué quieres, Crispin, pasaron
aquellos dias serenos,
y con ellos de la infancia
los inocentes recreos.
Tú siempre de buen humor...

Crispin. Y sino siempre, á lo menos
procuro pasar la vida
del mejor modo que puedo.

Maria. Dichoso tú...

Crispin. Si supieras
que desde que no nos vemos
soy todo un hombre de mundo...
soy muy pillo...

Maria. Celebro...

Crispin. Desde mi patria, Segovia,
vine á parar á Toledo,
donde mamá se empeñó
en que estudiára... que empeño!
Yo estudiar? y para qué,

si buen mayorazgo tengo?
Me lancé á la sociedad,
dejé libros y embelecos,
las tertulias frecuenté,
hice comedias.... oh! en esto,
en esto de hacer comedias
me he lucido, lo confieso.
No he conocido rivales
para espresar los afectos,
las sublimes transiciones
del alma: qué voz! qué gesto!
te digo que hice furor,
y tanto, que en breve tiempo
me apellidaron el príncipe
de los cómicos caseros.
Voy á ofrecerte una muestra
de mi habilidad... recuerdo...

(*Vuélvese como para disponerse á representar, y sale don Tadeo por la puerta del fondo y don Pablo po la de su habitacion.*)

ESCENA XIV.

DOÑA MARÍA. DON PABLO. DON TADEO. DON CRISPIN.

Maria. (*Viendo á don Tadeo.*)
(Dios mio!)
Tadeo. (Cielos!... María!)
Crispin. Allá va... Ah!
Pablo. Hola! Tadeo,
pronto se ha dado la vuelta...
Tadeo. No lo he encontrado, y me alegro.
(*Bajo.*)
Esta señora?...
Pablo. Es la mia.
Tadeo. La tuya!
Pablo. Sí; te presento
al mejor de mis amigos.
(*A María bajo.*)
Es escelente sugeto...
Tadeo. Señora... (Qué linda está!)
Maria. (Qué turbacion!) Caballero...

lo. Perfectamente, señores;
pero suplicarles quiero
que no se vengan ahora
haciéndose cumplimientos.

eo. Por qué lo dices? —

lo. Es claro;
hay cosa mas tonta?—Y luego,
no vamos todos á estar
debajo de un mismo techo?

ia. Cómo! va á quedarse en casa
tu amigo?

lo. Va! por supuesto.
Me lo ha ofrecido há un instante.
Te quedas, eh?

eo. Sí, me quedo.

ia. Se queda usted!

eo. Sí señora,
si no hay quien se oponga á ello.

ia. Lo ha dispuesto mi marido,
y aquí solo él es el dueño.

eo. (*Bajo.*) Cómo se llama tu esposa?—

lo. Mariquita.—

spin. Pues me quedo
sin decir mi relacion...

eo. (Así lo deslumbro, bueno.)—

ia. (*Bajo.*) Es el nombre de tu amigo?...

lo. (Qué coincidencia!)—Tadeo.—
Chico, ven; que quiero darte
posesion del aposento....
verás qué cuarto, qué vistas...
vamos allá?

eo. Te obedezco.
A los pies de usted, María...

ria. Adios, señor don Tadeo.

(*Vanse, y María se arroja sobre un sillon.*)

ESCENA XV.

DOÑA MARÍA. DON CRISPIN.

ria. (Estoy soñando, Dios mio?...)

spin. Pues como te iba diciendo,

allá va una relacion
de las de prueba... empecemos...

Maria. (Qué es lo que debo esperar
de tan estraño suceso?)

Crispin. (*Representando con la mayor afectacion.*)
«Aunque ha sido atrevimiento
el venir á la presencia,
señora, de vuecelencia
mi poco merecimiento,
ser agradecido trato
al recibido favor;
porque el pecado mayor
es, el que hace un hombre ingrato.
Por haber favorecido
de un desdichado la vida
(que al noble es deuda debida)
me vi preso y perseguido;
pero en la misma moneda
me pagó el cielo sin duda;
pues libre, con vuestra ayuda,
mi vida, señora, queda.»—

Maria. (Ese hombre será capaz...)

Crispin. Prima, no atiendes?...

Maria. Sí atiendo.
(Yo he de perder la razon.)

Crispin. Ahora sí que entra lo bueno.
«Libre dije? mal he hablado,
que el noble, cuando recibe,
cautivo y esclavo vive,
que es lo mismo que obligado.

ESCENA XVI.

DOÑA MARÍA. DON CRISPIN. DON PABLO, *que se detiene en la puerta del fondo hasta que acaba Crispin.*

Y ojalá mi vida fuera
tal, que si esclava quedára
alguna parte pagára
de esta merced, que ella hiciera
escesos, pero entre tantas
que mi humildád envilecen,

y como esclavas ofrecen
sus cuellos á vuestras plantas...
(*Arrodíllase.*)
A pagar con ella vengo
la mucha deuda en que estoy;
pues no debo mas si os doy,
gran señora, cuanto tengo.»

Maria. (*Reparando en la posicion de Crispin.*)
En el suelo!...

Crispin. Así
estoy, gran señora, bien.

Pablo. Hola! hola, el primito...

Maria. Quién!...
(Es mi marido! ay de mí!
Sospechará... estoy perdida...)

Petra. (*Dentro.*)
Crispin! Crispin!

Crispin. Voy allá!
Me está llamando mamá...
(Qué mamá tan socorrida!)

ESCENA XVII.

DOÑA MARÍA. DON PABLO.

Pablo. Parece que estás turbada...

Maria. Sí, Pablo; pero inocente,
porque Crispin de repente...

Pablo. Chica, eso no vale nada.

Maria. Qué! No estás celoso?

Pablo. Eso es!
Yo celoso! y qué razon?...

Maria. Tú no tienes corazon!
No has visto un hombre á mis pies?

Pablo. Cabal; y entré muy despacio,
y lo escuché... sin recelos;
que no he de tener yo celos
del Vergonzoso en Palacio.

Maria. Ya lo sé, ni el Preste Juan
tampoco te los daría.

Pablo. Tampoco, es verdad, María.

Maria. (Este hombre es de mazapan!

Y eso es querer?

Pablo. Qué sé yo!

Maria. Bueno; tomaré venganza...

Pablo. Yo tengo mucha confianza
en tu virtud...

Maria. Pues yo no.

Pablo. Mariquita!

Maria. Guarda, Pablo.

Pablo. Que guarde... y qué he de guardar?

Maria. Mucho; porque suele estar
detrás de la cruz el diablo...

(*Dirígese doña María á su habitacion: don Pablo la sigue con la vista un momento, suelta una grande carcajada, y cae el telon.*)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

La misma decoracion.

ESCENA PRIMERA.

DOÑA MARÍA. DOÑA PETRA.

Maria. Este hombre me ha de perder.
Petra. Y el billete que te envió?
Maria. Aquí está.
Petra. Lo firma?
Maria. No;
pero es suyo.
Petra. Quieres leer?...
Maria. «Ya que tan cruelmente me han arrebatado la felicidad, me creo con derecho para conquistarla. Yo he despreciado mi vida en medio de los mares por hacerme digno de tí, y desde hoy me será insoportable la existencia si he de renunciar á tu cariño. María! aun me puedes salvar: una esplicacion; pero una esplicacion pronta... porque es la que va á decidir de nuestra suerte futura.»
Petra. No dice mas?
Maria. No es bastante?
Petra. Hablemos con claridad:
tú le amas?
Maria. Yo!
Petra. La verdad.
Maria. Oh!... no señora.
Petra. Adelante.
Maria. Siempre temor me ha infundido;

y aunque fué mi amor primero...
amor fué tan pasagero
que lo arrebató el olvido.
Pero ¡ay! sin dicha nací;
que al que solo quiero bien...
ó me paga con desden
ó no se acuerda de mí.

Petra. Vamos, bien; no hay que llorar:
sobrina, deja el cuidado,
que ese hombre tan arrojado
él mismo se va á estrellar.

Maria. Ay! no sabe usted quién es.

Petra. Sí... buscaremos el modo...

Maria. Y si atropella por todo?

Petra. Ya lo veremos despues.
Lo que importa es tu marido,
y evitar á todo precio
que no llegue á ser desprecio
lo que solo ahora es descuido.
Hay que trocar los papeles...

Maria. Que será inútil infiero.
No sabe cuánto le quiero?
No me desvivo por él?

Petra. Vamos, que es mucha torpeza...
pues ahí está; ese es tu error.

Maria. Cómo!

Petra. No hay cosa peor
que amar con esa franqueza.

Maria. De veras, tia?

Petra. Pues no.

Maria. Yo creí...

Petra. Pobre María!
Bien se conoce, hija mia,
que no te he educado yo.
Si tú quieres vivir bien,
hay que hacer grande mudanza;
hay que igualar la balanza...
es decir, un *ten con ten*.
Mucho acibar; miel, muy poca:
ora amor, ora desvío...
esto hice yo con tu tio
y me fué á pedir de boca.

María. Pero...
Petra. En el nombre de Dios.
Los dos amigos salieron;
no sabes tú dónde fueron?
María. En la ópera están los dos.
Petra. Pues ya no pueden tardar.
(*Mirando el reló.*)
Las once y media... María?
quieres decirle á Lucía
que nos venga á ataviar?
María. Para salir! dónde iremos?...
Petra. Dónde? á las máscaras.
María. Sí?
Y qué hemos de hacer allí?
Petra. Allí? nada, hacer que hacemos.
María. Y si se enfada?...
Petra. Mejor.
María. Ó en mí traicion imagina?
Petra. Eso era aun mejor, sobrina.—
Famoso dispertador.
No hay tiempo que perder. Ea!
María. Bien; ea! á hacer maravillas.
Petra. Tú lo has de ver de rodillas.—
María. No me disgusta la idea.—
(*Entran por la derecha y suena un campanillazo.*)

ESCENA II.

LUCÍA. DON CRISPIN.

(*Lucía sale corriendo y don Crispin detrás.*)

Crispin. Oye!... oye!...
Lucía. Déjeme usted.
Crispin. Una palabra no mas.
Lucía. La señora está llamando,
Fabricio á encontrarnos va...
Crispin. Y eso, qué importa? Esta noche
las dos señoras irán
al baile: en cuanto las deje
me escabullo, chica, y zas!
aquí me cuelo.

Lucia. Y á qué?
Crispin. Toma! á qué? ya lo sabrás.
Querrás abrirme la puerta?
Me abrirás? di...
Lucia. Sí, en canal.
Crispin. Vamos, déjate de bromas.
Lucia. (*Viendo entrar á Fabricio.*)
Huy! Fabricio. (*Suena la campanilla.*)
Voy allá.

ESCENA III.

DON CRISPIN. FABRICIO.

Crispin. (Este vejete maldito,
imágen de Satanás,
que por do quiera que voy
siguiendo mis pasos va,
qué es lo que quiere de mí
con esa cara infernal?)
Fabricio. (El mocito es una alhaja,
y si ha pensado que acá
estamos ciegos, por Cristo
buen chasco se va á llevar.)
Crispin. Hola! qué es eso? Tambien
vá usted de baile?—Ja!... ja!...
Fabricio. Cómo de baile! á qué baile
quiere usted que vaya?...
Crispin. A cuál?
al que dán en esta noche...
Fabricio. Usted se quiere burlar...
Crispin. Amigo, no hay que enfadarse;
ya se ve, eso es natural;
le he conocido al momento
y yo he debido callar,
hacerme el disimulado...
Usté es Fabricio...
Fabricio. Pues ya!
Y qué tenemos con eso?
Crispin. Qué á pesar del antifaz,
de la escelente careta
que oculta ese rostro...

Fabricio. (*Pasándose la mano por la cara.*)
Hay tal!
Antifaz dice que llevo...
yo careta!... voto á san...
Crispin. Cómo! es la cara diaria?...
es la cara natural
la que lleva usté está noche?
(*Queriendo abrazarle.*)
Perdone usted...
Fabricio. (*Rechazándole.*) Arre allá.
Crispin. Es fácil equivocarse...
Fabricio. Equivocarse, eh?
Crispin. Cabal;
y aunque usted lo está negando,
no tengo seguridad...
Fabricio. Caballerito!!
Crispin. (*Retirándose.*) Qué diablos!
Nadie diria... Ja! ja!

ESCENA IV.

FABRICIO.

Y he de sufrir que este títere
me insulte... le he de quebrar
por lo menos dos costillas
si vuelve otra vez á acá.
Oh casa!... te vas poniendo
cual no te he visto jamás.
Los amigos y parientes
en breve te saquearán,
y el infeliz matrimonio
sin remedio tronará.
Será posible que el ama
haya admitido á un galan?
Alerta, Fabricio, alerta;
á descubrir la verdad
con disimulo... Ay don Pablo!
Y qué descuidado estás!
Ahí tienes lo que es dormir
donde se debe de estar

con los ojos como lámparas...
qué lámparas!... mucho mas.
Pero suben la escalera...
los dos amigos serán.

ESCENA V.

DON PABLO. DON TADEO. FABRICIO.

Tadeo. Lo dicho; me he fastidiado:
vaya un modo de cantar!
Y luego, lo que es la orquesta
no le va en zaga...

Pablo. Es verdad;
mas yo me quedé dormido
por fortuna al empezar,
y he pasado el rato... bien...

Tadeo. Vamos, durmiendo, tal cual.
Y, sabes que así has estado
tres horas y aun algo mas?

Pablo. Mira qué malo...

Tadeo. Esta noche
en vela te vas á estar.
Qué diablos has de dormir?...

Pablo. Quién sabe...

Tadeo. Mejor será...
Famosa, escelente idea!
No es buena? di...

Pablo. Pero, cuál?

Tadeo. Chico, vámonos los dos
á las máscaras?

Pablo. Ja! ja!...
Hombre, si yo nunca bailo.

Tadeo. Ni yo he bailado jamás;
pero qué falta nos hace?
No vamos allí á bailar,
vamos en pos del bullicio,
de lances de Carnaval
y de raras aventuras
que nos hagan olvidar
de esta vida transitoria
la pasmosa brevedad.

Pablo. Hombre, vaya una ocurrencia...
Tadeo. Sí, sí; un paso de aquí está
el baile: allí cenaremos
alegremente... además
yo he vivido hace tres años
como quien dice en la mar;
tú sujeto á los vaivenes
de la vida conyugal,
conque, no hay duda, las máscaras
para nosotros serán
acaso un bello espectáculo
donde hallemos novedad.
Pablo. Bien, iremos; pero calla;
conviene disimular,
no lo entienda mi mujer
y se nos encaje allá...
porque entonces para mí
se acabó la novedad.
Tadeo. Convenidos; por mi parte
no llegará á sospechar...
(Perfectamente, le dejo
en el baile, y vuelvo á acá.)

ESCENA VI.

DOÑA MARÍA *y* DOÑA PETRA *con disfraces.* DON PABLO. DON TADEO. FABRICIO.

María. (*Hablando con la doncella, que se queda dentro.*)
Arregla ese cuarto un poco
y te puedes acostar.
Pablo. (Se irá á la calle á estas horas?)
María. Buenas noches.
Pablo. Dónde vas?
María. A las máscaras.
Petra. Al baile,
á gozar del Carnaval.
Pablo. Oiga!
Petra. Conque dormir bien.
María. Hasta mañana...

ESCENA VII.

DON PABLO. DON TADEO. FABRICIO.

Tadeo. (¡Voto á...
Oh! qué pronto que ha venido
al suelo todo mi plan.)
Pablo. Lo estás viendo?... Qué me dices?
Es ó no fatalidad?
Parece que estos enredos
los combina Satanás...
Cuidado que es mucho apuro!
que no pueda un paso dar
sin que lo dé al mismo tiempo
mi carísima mitad!
Tadeo. Y qué haremos?
Pablo. Ya no voy.
Tadeo. (*Con interés.*)
Cómo! qué dices, no vas?
Pablo. Y á qué? para fastidiarme?
Antes me dejo arrastrar.
Tú no sabes qué suplicio
es ir donde otros están
gozando y no poder uno
como esos otros gozar.
Toda la noche aburrido
yendo de aquí para allá,
con una esposa que el brazo
te suelta y se va á bailar
y te deja con la tia...
que no se suelta jamás!
Y luego aquella franqueza,
y el tú por tú familiar,
y las bromitas picantes
que tanto zángano dá.
Y el—Vámonos, que ya es hora.
Y el—Otro poquito mas,
porque acabo de ofrecer
dos rigodones y un wals,
y despues una galop,
y en acabando... ay, ay, ay!
A la cama, aunque esté en vela:

prefiero una enfermedad.

Tadeo. Te digo, chico, que tienes razon y no insisto mas. Me has dejado convencido... me adhiero á tu voluntad...

Pablo. Pero por mí no te prives...

Tadeo. Eh! bailes habrá de mas... y no tengo empeño en este... conque adios y descansar.

Pablo. Buenas noches.

Tadeo. (Ahí te quedas... y así la vida me dás.)

ESCENA VIII.

DON PABLO. FABRICIO.

Fabricio. Conque no va usted?

Pablo. No voy.

Fabricio. Pues señor, hace usted mal.

Pablo. Que hago mal? bueno, mejor: quiero cumplir, te lo he dicho, mi voluntad, mi capricho, y no he menester mentor.

Fabricio. Pues bueno, señor, me iré.

Pablo. Sí, ya te puedes largar.

Fabricio. No me quiere usté escuchar? Corriente, me callaré.

Pablo. Tendremos otra como hoy?

Fabricio. Si usted supiera...

Pablo. Qué, vamos!

Fabricio. Estamos solos?

Pablo. Sí estamos; qué es ello.

Fabricio. Pero... me voy?

Pablo. Hombre... quién te ha echado, di? nadie; tú, que apenas hablo... «me largo, señor don Pablo, no quiero estar mas aquí...» Y siempre con malos modos, con treinta años de servicio...

Fabricio. Y siempre el pobre Fabricio

pero ese baile, señor,
me dá mucho en que pensar.

Pablo. Qué dices! el baile...

Fabricio. Sí...
tal vez me equivocaré...
Por qué no se asoma usté
un poquito por allí?

Pablo. Al momento...

Fabricio. Bien, señor;
yo aquí quedo con Lucía.

Pablo. Es posible que María
tenga un corazon traidor?
Hoy me dijo... Guarda, Pablo...
Oh! sí; y lo pude olvidar?
«Guarda, porque suele estar
detrás de la cruz el diablo.»
Sí, y este el anuncio fué
de su proceder villano...
Yo con la cruz en la mano
al demonio ahuyentaré.

(*Va á salir por la puerta del fondo y Fabricio le seña la la secreta.*)

Fabricio. Eh! por aquí.

Pablo. (*Al salir.*) Voto á brios!

Fabricio. Por ahí no le ve ninguno...
(*Entorna la puerta.*)
Lo que puede saber uno
no deben saberlo dos.

ESCENA IX.

FABRICIO. *Despues* LUCÍA.

Fabricio. Vamos á ver si aquí tramo...
tal vez será una quimera;
pero sea lo que quiera
antes que todo es mi amo.
Porque eso de que un galan
se venga aquí con dibujos...
Va!... si hay mayordomos brujos
yo lo he de ser, voto á san...!
Pero aquí viene Lucía,

de la que saber espero...
pillarle las vueltas quiero
y sorprenderla... alma mia!
:oloca de manera que no le vea Lucía al salir.)
Ya está; podré descansar:
lo arreglé todo por fin.
Vaya que el tal don Crispin
es loco, y loco de atar.
Loco? sí, vaya, y por qué?
Porque dice eres donosa
y muy bonita... y... qué cosa
mas natural?... ya se ve.
Quién sabe si al fin los dos
en estrecho lazo unidos...
pues, como de esos maridos...
io. De menos nos hizo Dios.
Ah!
io. Chica, no hay que gritar,
me comprendes?
Sí, comprendo.
io. Porque el amo está durmiendo
y se puede dispertar.
Como estaba descuidada,
no estrañe usted que me asombre...
(Ah! siempre acechando este hombre...)
io. No; si yo no estraño nada:
eso bien lo sabe Dios,
y si quieres que me esplique...
vamos á echar de palique
aquí una mano los dos.
Cómo se llama, quién es
el galan de la señora?
Jesus! Divina Pastora!...
Pues me gusta el entremés.
Qué calumnia! Ella?... no tal.
Calle usted; calle le digo;
si el amo lo sabe, amigo,
lo va usté á pasar muy mal.
:io. Pues si mi señor supiera
que tú, que la echas de amiga,
eres alma de la intriga,
de billetes mensagera...

Lucia. Ah!...

Fabricio. Digo, si mi señor
tambien llegára á saber
que esta noche...

Lucia. Oh!!

Fabricio. Di, mujer,
quién lo pasára peor?

Lucia. Don Fabricio de mi vida!
Yo estoy de todo inocente...

Fabricio. Vaya, hermana, cuente, cuente...

Lucia. Calle usted, ó soy perdida...

Fabricio. Acabemos; di su nombre,
y no andemos con rodeos,
soponcios ni lloriqueos:
al grano; quién es ese hombre?

Lucia. No lo sé.

Fabricio. Qué!... negarás?...

Lucia. Oh!... no señor, lo aseguro,
y en nombre de Dios lo juro,
yo no le he visto jamás...

Fabricio. Pues, digo, cuando te dió
los papeles que yo vi
estabas durmiendo?

Lucia. Sí,
durmiendo me sorprendió...
y por cierto es novedad...

Fabricio. Vaya, niña, esa novela
lo que es por aquí no cuela...

Lucia. Don Fabricio, es la verdad:
créame usted, sí señor,
porque hablo, aunque usted lo ignora
como si estuviera ahora
delante del confesor;
muy fatigada y rendida;
porque hoy el trabajo es harto,
subí esta tarde á mi cuarto
y al punto quedé dormida.
Quién pudo entrar, no lo sé;
mas le puedo asegurar
que en la falda al despertar
dos papeles me encontré.
Era el uno para el ama...

era el otro para mí...
y por mas que discurrí
no pude dar con la trama.
Qué hacer?

Fabricio. Y, qué hiciste tú
del uno?

Lucia. Qué? lo entregué.

Fabricio. Y el otro?

Lucia. Me lo guardé.

Fabricio. Cómo!

Lucia. Ah!

Fabricio. Voto á Belcebú!
Pues la niña no es ladina.
Dime, honrada camarera,
quién te enseñó á ser tercera
y á guardarte la propina?

Lucia. Ah! yo... no...

Fabricio. Vaya un oficio!...

Lucia. Usted me quiere perder...

Fabricio. Qué dijo el ama al leer...

Lucia. Puso un gesto, don Fabricio...
y luego lloró tambien.

Fabricio. Corriente. Dime, y rasgó
el papel?

Lucia. No; lo guardó
en el ridículo.

Fabricio. Bien.
Como tu lengua no calle
ó descubra á la señora...
te planto á cualquiera hora
de patitas en la calle.

Lucia. Oh!... viva usted persuadido...

Fabricio. Vaya, á dormir, que ya es tarde.

Lucia. Buenas noches.

Fabricio. Dios te guarde.

Lucia. (Pero, por dónde ha sabido...)

Fabricio. Por los diablos!

Lucia. Huy!... que oyó... (*Vase.*)

Fabricio. Pues señor, nada sabemos;
las mismas dudas tenemos,
y el carro se abarrancó.
Si tuviera la señora

algun testigo olvidado...
Sí, puedo entrar sin cuidado,
que es escelente la hora.
(*Entra en el cuarto de doña María.*)

ESCENA X.

DON CRISPIN.

Nadie, nadie: aquí tampoco:
pues adónde está esa chica?
Lo que es yo, ya estoy aquí,
y éste, el lugar de la cita...
digo, me parece... sí:
aquí el cuarto de mi prima
y el de mi primito enfrente...
durmiendo estará... qué risa!
Y se la voy á pegar...
Ehjé?... qué chispa la mia!
Y en tanto á las otras dos
en medio de aquella grímpola
con la mayor sutileza
las he dejado... qué dicha!
Soy un ser privilegiado:
se la he pegado á mi prima,
y tambien á mi mamá,
y al mayordomo estantígua
y á todo el mundo... si yo,
mas que hombre, soy una ardilla.
Qué lance! qué escena tan
dramático-melo-mímica!
Me muero por situaciones
interesantes y equívocas.
Donde nada hay que temer
¡qué diantre! todo fastidia.
Por allí, un hombre durmiendo;
por aquí... (*Suena un campanillazo.*)
la campanilla!
Qué diablo será á estas horas?
pues no es hora de visitas...
Ja!... ja!... la escalera suben...
Ji!... ji!... hácia aquí se encaminan...

se agrava mi situacion...
sí, cada vez es mas crítica...
me alegro... apago la luz,
me escondo, y llueven desdichas.
(*Se esconde debajo del velador.*)

ESCENA XI.

DOÑA MARÍA. DON CRISPIN. LUCÍA.

a. Qué es esto, viene usted sola?
ia. Sí, sola y muy aburrida.
Hay luz en mi cuarto?
a. Sí:
la lámpara y dos bugías...
y la señora mayor?
ia. Entre aquella algaravía
y confusion se ha perdido.
Me encontré con una amiga,
la hablé un instante, y despues
no he vuelto á ver á mi tia.
a. Ni á don Crispin?
pin. (Ji! ji!...)
ia. Menos.
Por ambos, de abajo á arriba
el salon he recorrido;
pero inútiles pesquisas:
al fin, de muy mal humor
con la cabeza aturdida
me vuelvo aquí renegando
de las máscaras malditas.
pin. (Si supieras qué perjuicio
me estás haciendo, primita...)
ia. Se acostó Pablo?
a. Al momento.
ia. Segura estás?
a. Segurísima.
Don Fabricio le ayudó
á desnudar...
ia. (*Bajo.*) Si sería...
a. Quién?...
ia. Creí que un dominó

que estaba siempre á mi vista
y que con cierto misterio
todos mis pasos seguia,
era Pablo; pero duerme
y no sé...

Crispin. (Alguna conquista.)

Lucia. Algun ente que curioso...

Maria. El caso es que á mi salida
le vi, y al tomar el coche
la mano me dió con fina
atencion y un «hasta luego»
me dijo con voz fingida:
dió una vuelta, y al instante
despareció de mi vista.

Crispin. (Tal vez algun alma en pena.)

Lucia. Tal vez don Crispin...

Crispin. (Mentira.)

Maria. Alguna equivocacion;
por otra me tomaría,
y el «hasta luego» que dijo
mas en ello me confirma.
Mira, vete á descansar:
cierra esa puerta, Lucía,
y despues dale la llave
al portero, y la consigna
de que á nadie se la entregue
hasta que vuelva mi tia.

Crispin. (Eso es, y yo aquí me quedo
encerrado; ¡voto á Cribas!)

Lucia. No quiere usted mas, señora?

Maria. Que descanses.

Lucia. (Pobrecilla!
de buena gana... mas, no;
que si Fabricio me atisva...)
Muy buenas noches.

Maria. Muy buenas.

Lucia. (Nada entiendo de esta intriga.)

(*Vase, y cierra con llave la puerta del fondo.*)

ESCENA XII.

DOÑA MARÍA. DON CRISPIN.

Sí, quiero estar sola.
I. (Y yo.)
Aquí las lágrimas mias
pueden correr libremente
sin que venga en mi fatiga
esa estéril compasion
en su curso á interrumpirlas.
Quiero llorar, que á esto solo
se reducen mis delicias.
a. (Pues me gusta la aprension!
Siempre tuvo unas manías...)
. Y bien quisiera, á pesar
de lo que el llanto me alivia,
secarlo en mi corazon...
y usar de la calma fria
conque ese hombre á todas horas
sin piedad me martiriza.

ESCENA XIII.

MARÍA. DON CRISPIN. DON TADEO, *por la puerta secreta.*

. (*Bajo.*) Es su voz!... oh!... qué alegría!
I. Qué es esto?... siento rumor...
un bulto!... quién va!
. María!
soy yo...
I. Cielos!... que osadía...
(*Deja caer el ridículo.*)
in. (Calle! Otro interlocutor?)
I. Salga usted... y pronto, sí;
que nunca será en su abono
entrar en mi cuarto así:
salga usted, y le perdono
haber llegado hasta aquí.
. Y me perdona usted?... Ah!
acaso yo he delinquido?

Maria. (*Con impaciencia.*)
Pero... huya usted... no se va?
si nos oye mi marido!...

Tadeo. No tema usted, que no oirá.

Maria. Que no oirá?

Tadeo. No oirá, María.
Está algo lejos de aquí.

Maria. Dice usted que lejos...

Tadeo. Sí.

Maria. Dónde?

Tadeo. Quién sabe...

Maria. Y Lucía...
que me haya engañado así!

Tadeo. Mucho esta nueva le inquieta.

Maria. Me hará perder el sentido.

Tadeo. María, tengo entendido
que por la puerta secreta
varias noches ha salido.

Maria. Ah!... sí señor; ya se ve...
sí, muy convencida estoy
de su acrisolada fé...
Piensa usted que yo no sé
todo lo feliz que soy?

Tadeo. Y así premian la hermosura?
¿Este es el brillante estado...
esa es toda la ventura
conque en la tierra han dotado
á tan celestial criatura?

Maria. Acabemos, caballero:
soy desgraciada, es verdad;
pero le advierto primero
que lástima, caridad,
de nadie imploro, ni quiero.
Ahora que ya de mí
lo ha escuchado usted, señor,
salga pronto... pronto, sí;
ó creeré que ha entrado aquí
para insultar mi dolor.

Tadeo. Yo tú dolor insultar!
Ofenderte yo, María!...
¡Yo que mi sangre daría
por verte una vez gozar

de venturosa alegría!...
No, no: si me abrí camino,
si hasta aquí llegar osé,
ante tu rostro divino...
para cambiar tu destino,
para esto resuelto entré.
Que sufres me has dicho, sí,
que eres harto desdichada,
y que arrastras por aquí
una cadena pesada...
mas qué diré yo de mí?
¿No recuerda tu memoria
que pobre juguete he sido
de una esperanza ilusoria?...
Y qué! se han desvanecido
todos mis sueños de gloria?
¿Ya para mí se apagó
la hermosa luz que brilló
sobre esta frente algun dia?
¿Ya no hay remedio... no, no!...
aun puede haberlo, María.
Busquemos felicidad,
y como la hallaron otros
la hallaremos... por piedad!
Qué nos importa á nosotros
lo que hable la sociedad?
Una fuga de improviso...
huyamos, que ya es preciso...
ven, si aquí todo te humilla,
yo te ofrezco un paraiso
del mar en la opuesta orilla.
Ven, que esperándote está;
no hay ventura sino allá:
una palabra por Dios...
y la mar nos abrirá
ancho camino á los dos.

Crispin. (*Sacando la cabeza por debajo del tapete.*)
(Cuántas cosas he escuchado
y escucho aquí agazapado!
Esta es una escena trágica!
No hay duda, estoy asomado
á alguna linterna mágica.)

Tadeo. Nadá respondes, Maria?
¿Estás mi voz escuchando
con toda esa calma fria...

Maria. Observo, por vida mia,
que usted está delirando.
¿Qué razon puede tener
para ese golpe traidor
llegarme así á proponer?
Qué ventura puede haber
sin nobleza, sin honor?
Monsalve, ¿usted no comprende
que antes hace usted pedazos
de amistad los puros lazos?...
Un hombre le abrió los brazos...
y usted le ultraja y le vende.

Tadeo. Soy traidor, vóile á faltar
á la fé... sí, nada ignoro;
mas... ¿cómo se debe obrar
con el que tiene un tesoro
y no lo sabe apreciar?

Fabricio. (*Entreabriendo la puerta del cuarto de doi María, saca la cabeza.*)
Creo que gente escuché...

Maria. Estoy ya determinada,
y atrás no me volveré.
Si mi cadena es pesada,
con honor la arrastraré.

Tadeo. Mas...

Maria. Y no hay duda, será
muy bello su paraiso...
pero el cielo... escrito está,
aquí colocarme quiso,
y aquí siempre me hallará.

Fabricio. (*Volviendo á ocultarse.*)
Vamos á vernos las caras.

Tadeo. María!... no puede ser;
piénsalo... porque, mujer,
nuestra perdicion declaras.

Maria. Esto ya se concluyó.

Pablo. (*Dentro.*)
Quién ha cerrado esta puerta!

Maria. Ay Dios!... mi desdicha es cierta...

Salga usted!...

Tadeo. No salgo, no.
Que venga y nos halle, sí;
qué importa?...

María. ¿No alcanzaré...

Tadeo. Huirás conmigo?

María. Sí... huiré...

(*Don Tadeo sale precipitadamente por la puerta secreta: antes tropieza con el velador, que derriba, y deja descubierto á don Crispin.*)

María. (*Con la mayor ansiedad buscando su cuarto.*)
Mi cuarto, mi cuarto!... aquí...

(*Al encontrar doña María la puerta de su cuarto sale Fabricio por ella con luces, al mismo tiempo que don Pablo por la del fondo. Doña María lanza un grito agudísimo.*)
Ay!!...

ESCENA XIV.

DOÑA MARÍA. DON PABLO. DON CRISPIN. FABRICIO.

Pablo. Cielos! qué pasa aquí!

María. Aquí Crispin! Ja! ja! ja!...
(*Entra en su cuarto dando fuertes carcajadas.*)

Pablo. Cómo!!...

Crispin. Se rie y se va...
pues yo tambien... Ji! ji! ji!...

Pablo. (*Ase del cuello á don Crispin, que se arrodilla, y le amenaza con el puño levantado. Fabricio alza del suelo el ridículo de doña María y reconoce lo que encierra.*)
Infame!... qué llego á ver!
con tanto desembarazo
te burlas!! de un puñetazo
el cráneo te he de romper.

Crispin. Pero escuche usted, primito...

ESCENA XV.

DOÑA PETRA. DON PABLO. DON CRISPIN. FABRICIO.

Petra. Ay mi Crispin!
(*Don Pablo suelta á don Crispin, que se abraza con su madre.*)

Crispin. Ay mamá!
Fabricio. (*Enseñando á don Pablo el ridículo.*)
Véngase usted, que aquí está...
Pablo. El qué!
Fabricio. El cuerpo del delito.
Allá confrontar podremos...
Pablo. Bien. (*A Crispin.*) Voy á saberlo todo...
pero de cualquiera modo,
señor primo, nos veremos.

ESCENA XVI.

DOÑA PETRA. DON CRISPIN.

Petra. Pero calma mis temores...
qué ha sido esto, vamos, di...
Crispin. Esto es que pagan aquí...
Petra. Qué!...
Crispin. Justos por pecadores.
Petra. Pero, qué le has hecho á Pablo?
Crispin. (*Con el mayor misterio.*)
Nada!... y calle usted, mamá...
porque... en esta casa está
detrás de la cruz el diablo.
(*Cae el telon.*)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

La decoracion de los actos anteriores.

ESCENA PRIMERA.

DOÑA PETRA. FABRICIO.

(*Doña Petra cruza el teatro, entreabre la puerta del cuarto de don Pablo, y desde allí reconoce el interior: Fabricio la observa desde la puerta del fondo.*)

Fabricio. Ya está la vieja maldita
levantada... pues temprano!
Hola! qué es esto? derecha
al cuarto se va del amo...
abre la puerta y atisva...
que no te partiera un rayo!...
Ella á mi pobre señora
le ha barajado los cascos,
la va á perder... y á la casa
se la llevarán los diablos.

Petra. Durmiendo como un liron.
Ya está visto que á don Pablo
no le mueve un terremoto...
Vaya un hombre estrafalario!
No, pues bastantes motivos
para pensar le hemos dado...
pero, señor, yo no entiendo
á este hombre!... genio mas raro!
Pues, anoche á mi Crispin
quiso de pronto matarlo,

llega el viejo mayordomo
y se lo lleva á su cuarto,
y cuando mayor estrépito
estábamos esperando,
mata la luz y se entrega
tranquilamente al descanso.
Ay! me parece que aquí
los celos no hacen al caso...
No obstante es fuerza apurar
los recursos, ostigarlo...
Ah!... usted por aquí, Fabricio?
Bien se madruga.

Fabricio. Hace rato
que ando por esos rincones...
porque aquí, yo soy acaso
el único que no tiene
jamás los ojos cerrados.

Petra. (Irónico está el buen viejo...
voy á ver si mas le clavo...)
Hace usted perfectamente;
es una alhaja el criado
que, como usted, tanto cuida
del servicio de sus amos.

Fabricio. Sí señora, en eso mismo
estaba yo aquí pensando...

Petra. Qué desgracia!

Fabricio. Cuál?

Petra. La mia.
Sí, yo por mas que he buscado
un confidente, un amigo...
nunca he podico encontrarlo.

Fabricio. Eso consiste...

Petra. En mi estrella
fatal para los criados.
Y dígame usted, Fabricio,
¿recibe usted de don Pablo
todas las muestras de aprecio
que por su honradez, sus años,
merece usted?

Fabricio. Sí señora...

Petra. Pues mire usted, es estraño;
porque don Pablo es un hombre

distraido, abandonado,
que no conoce el cariño
porque no sabe pagarlo:
es un egoiston de marca...
sí señor, tiene un dechado
de virtud y de hermosura
en mi sobrina, y el sándio
la trata como si fuera
un mueble inútil... qué bárbaro!
Es un...

Fabricio. Señora!... señora!...
deje usted quieto á don Pablo;
él es quien es, y á nosotros
no nos toca remediarlo.

Petra. Cómo que no! pues me gusta...
está usted equivocado.
Para eso he venido aquí,
para evitar el escándalo
que su amo de usté hace tiempo
con su conducta está dando.
La pobre sobrina mia!...
Si yo no vengo, está claro,
se nos muere de tristeza...
sin ir jamás al teatro,
ni á los bailes, ni á paseo,
siempre gimiendo y llorando,
y sola y abandonada,
pasa sus mejores años,
como si fuera una sombra
de este castillo encantado.
Qué es esto, señor marido?
Santos cielos! dónde estamos?
Nada, nada: yo haré que ella
no se ande mas con reparos...
vida nueva...

Fabricio. Ya la tiene
desde que usted ha llegado.

Petra. Cabal. Diga usted, no es cierto
que ya parece otra?

Fabricio. Y tanto.

Petra. Pues no sabe usted aun
lo mejor.

Fabricio. Qué es ello?
Petra. Trato
de llevármela...
Fabricio. Hola, hola!
Petra. Mucho, sí señor.
Fabricio. Y cuándo?
Petra. Hoy mismo.
Fabricio. Y tiene usted ya
la licencia de don Pablo?
Petra. La licencia! miren eso...
en buenos tiempos estamos
para reparar en fórmulas
de matrimonios de antaño.
No señor, ni la tenemos...
Fabricio. Mas...
Petra. Ni la necesitamos.
No ve usted que en esta casa
cada cual va por su lado?
Fabricio. Ah! sí señora; ya veo...
y ojalá no viera tanto.
Petra. Además, su amo de usted
se alegrará...
Fabricio. Sin embargo
pudiera oponerse...
Petra. Sí?
pues que se oponga, le aguardo;
precisamente eso mismo
es lo que estoy deseando.
Me la llevo, me la llevo...
Fabricio. Dónde?
Petra. A mi casa de campo.
Fabricio. Al campo! y qué diversion
tendrá allí?
Petra. Cuál?
Fabricio. Qué espectáculo
alegre le ofrecerán
aquellos desiertos áridos?
Pues digo, señora mia,
y la estacion en que entramos?...
Petra. La mejor, la mas hermosa;
el tiempo está despejado,
y allí el sol brilla mas puro

y los aires son mas sanos:
además hay varios juegos
de sortija y de caballos,
y mucha caza en los sotos,
flores en los invernáculos...
y no falta sociedad,
porque van todos los sábados
mis numerosos amigos
á divertirse...

Fabricio. (Qué diablos!)
Conque los amigos, eh?

Petra. Pasamos muy buenos ratos,
porque casi todos ellos
son jóvenes, vivarachos...

Fabricio. (Pues, libertinos.)

Petra. Y algunos
suelen obsequiarme tanto
que se van por temporadas
á acompañarme...

Fabricio. Bien... (Malo!...)

Petra. Y ahora con mas razon,
porque mi sobrina al cabo
con su juventud, sus gracias,
va á prestarle nuevo encanto
á aquellos sitios... no hay duda,
don Fabricio, estoy deseando
llevármela, y va á ser hoy:
dispondré lo necesario
y al punto vóime á gozar
de las delicias del campo.
Conque ya lo sabe usted;
si usted gusta ir algun sábado
á cazar... hay muchas liebres...

Fabricio. Muchas gracias, yo no cazo...

ESCENA II.

FABRICIO. *Despues* DON PABLO.

Sino brujas como tú...
Digo, y la reunion los sábados!
Será aquello un aquelarre.

(*Sale don Pablo.*)

Pablo. Con quién estabas hablando?
Fabricio. Con un demonio, con un...
Dios me perdone!... un vestiglo...
Maldita!... con mas de un siglo
lo va á enredar todo aun.
Pablo. Qué hay de nuevo?
Fabricio. Yo no sé.
Pablo. Hombre...
Fabricio. A qué lo he de decir
si se echa usted á dormir?...
vamos á ver, para qué?
Pablo. No despiertes mis enojos...
dormir con lo que ha pasado?
sí, toda la noche he estado
sin poder cerrar los ojos...
y hasta el juicio perderé,
porque tamañas traiciones...
Fabricio, no me abandones,
aconséjame: qué haré?
Fabricio. Y... qué sé yo? á buena hora
reclama usted mis consejos.
Se burla usted de los viejos?
pues señor, sufra usté ahora...
Pablo. Bien: no me vuelvas á ver.
Vete, que yo en mi dolor
para escoger lo peor
de ninguno he menester.
Fabricio. Si creerá usted que Fabricio
por eso se va á largar?
Pablo. Es que te gusta apurar...
Fabricio. Es mi carácter.
Pablo. Es vicio.
Fabricio. Bien, será lo que usted quiera;
porque ahora, aunque yo pene,
es cuando menos conviene
que armemos los dos quimera.
Primera necesidad
en temporal tan deshecho
es juzgar, señor, del hecho
con calma, serenidad.
Pablo. La tengo, sí; qué crees tú?

si pensára de otro modo,
no hubiera dado con todo
desde anoche á Belcebú?
¿Cuándo hubiera yo sufrido,
llevado de mi despecho,
que tranquilo y satisfecho
hubiera ese hombre dormido?
Y la infiel que encarecia
la pureza de su amor,
á tiempo que de mi honor
tan torpe comercio hacia...
en un momento fatal,
¿no la hubieran estos brazos
arrojado hecha pedazos
á los pies de mi rival?

Fabricio. Anda!... lindo!... esa es la calma?
mucho me temo, don Pablo,
que meta la pata el diablo
y nos lleve en cuerpo y alma.
Ya le he dicho á usted, señor,
que ella es inocente, sí;
y al menos lo que yo oí
hace su elogio, en rigor.

Pablo. Su elogio! no, me vendia.
Cuando ese infame la vió
su nombre no preguntó?
no hizo lo mismo María?
¿Por qué, dime, cuando ayer
delante de mí se vieron
con tal descaro mintieron?

Fabricio. Y qué pudieron hacer?
¿No hubieran sido muy topos
si allí, sin pensar en Dios,
se hubieran puesto los dos
á echarse dos mil piropos?

Pablo. Qué situacion tan cruel!

Fabricio. Vamos, templanza...

Pablo. Oh!... sí... sí...
yo no quiero hacer aquí
un ridículo papel.
No quiero que mi señora
al contemplar mi fatiga

se huelgúe en estremo y diga
que tengo celos ahora.
Yo tranquilo buscaré
remedio para mi afan;
muy pronto de ese galan...
muy pronto me desharé.
Despues partiré de aquí,
huiré de quien me ofendió,
porque la aborrezco!... Oh!... no;
mentí, Fabricio, mentí.
La adoro... y te pasmarás
de oirlo; pero... ay tal cosa?
desde que está desdeñosa
la quiero cada vez mas.

Fabricio. Eso es natural. Repito,
don Pablo, que sangre fria...
eche usted fuera á la tia,
y si eso ha de ser; prontito.

Pablo. A su tia!

Fabricio. Pues.

Pablo. Fabricio...

Fabricio. Sí señor, á esa marmota...
esa es la que la alborota
y la ha sacado de quicio.
Usted no sabe quién es:
qué consejos!... vaya, vaya;
si usted no la tiene á raya
no habrá remedio despues.

Pablo. Es posible?

Fabricio. A no dudar:
si dice con tono grave
que la niña nada sabe
y que ella la va á educar.
Ya la saca de bureo...
y se la va á llevar...

Pablo. Dónde?

Fabricio. Y hoy mismo...

Pablo. Vamos, responde.

Fabricio. A su casa de recreo.

Pablo. No ha de darme allí mas penas,
que se vaya.

Fabricio. Voto á sanes!

Es que allí entran los galanes,
señor don Pablo, á docenas.

Pablo. Qué!

Fabricio. Há poco me lo decia:
cuenta que allí sin cesar
van jóvenes á cazar
y á divertirse... Eh?... la tia.
Y si al ama ven allí
y la tia les dá traza,
y ellos caza que te caza,
al cabo cazan...

Pablo. Ah!... sí.
Mas... ¿dónde está la razon...
ya mi paciencia se apura,
para que en tanta amargura
se bañe mi corazon?
Solo en él oigo los nombres
de los que me han de vender...
y yo que pudiera ser
el mas feliz de los hombres!
Oh suerte, y cómo te mudas!...
Pero yo estoy loco, sí;
todo es sospechas en mí,
y confusiones, y dudas...
Por mas que la mente empleo
no encuentro claro, distinto,
este horrible laberinto:
no es el papel de Tadeo?
no es la cita de él? Y en fin,
del baile no se alejó?
Cómo es que aquí encontré yo
á mi esposa y á Crispin?

Fabricio. Es cierto, enredoso está,
y en eso no toco pito...
pero aquí viene el primito;
él tal vez le esplicará...

Pablo. Sí, vete, y le sondearé...
cuando ese hombre se levante
ven y avísame al instante.

Fabricio. Bien, señor, avisaré.

ESCENA III.

DON PABLO. DON CRISPIN.

Crispin. (Lo que madruga esta gente!
Bueno, bueno; secreticos...
y el mayordomo se va
y me deja con el primo...
pues yo no me quedo á solas
aquí con un basilisco...)
Pablo. Va usted á quedarse ahí?
Crispin. Aquí?... lo que es aquí mismo...
precisamente clavado
mucho tiempo en este sitio...
no señor...
Pablo. Pues qué hace usted?
Crispin. Es que diré á usted, primito;
no es cierto que algunas veces
parezco... así paralítico?
pues nada; es el aire... el aire...
el céfiro matutino...
voy, voy á ver á mamá,
que tal vez... con su permiso,
sí, tal vez... puede muy bien...
porque... ya ve usted, los hijos...
(*Va á dirigirse al cuarto de doña María, y don Pc tomándole el brazo, se lo lleva con violencia al estremo.*)
Pablo. Venga usté acá, caballero.
Crispin. Vaya, vaya!... no permito...
no empecemos como anoche,
porque ahora no me río...
Pablo. Silencio!
Crispin. Le he dicho á usted,
y de nuevo le repito,
que yo no gusto de escenas
violentas: nunca he querido
representar el Otelo,
ni el Orestes ni el Edipo...
porque cada uno se entiende...
Pablo. Cállese usted...
Crispin. Si no chisto.

Pablo. Yo necesito saber...
oiga usted bien lo que digo,
c, por b, cuanto pasó
anoche y en este sitio.

Crispin. Pero... cómo quiere usted
que yo vaya?...

Pablo. Que no admito
disculpas, usted lo vió...

Crispin. Sí, sí... pero... nada he visto:
á oscuras nada se ve,
esto es exacto, exactísimo...

Pablo. Escuche usted, don Crispin;
como no hable usted clarito
le meto en la chimenea
de cabeza.

Crispin. (Jesucristo!
y lo hará como lo dice...
pues... no es nada el compromiso!
Cómo le digo que el otro?...
pero creerá que yo he sido...)

Pablo. Cómo es que con mi mujer
estaba usté aquí?

Crispin. (No digo?)
Don Pablo, en cuanto á ese punto
puede usted estar tranquilo...
y respirar libremente,
que yo respeto los vínculos...
otro amor... mas subalterno
fué el que me trajo á este sitio...

Pablo. La criada.

Crispin. La doncella:
ps... qué quiere usted, caprichos...

Pablo. Adelante.

Crispin. Si no hay mas
que contar, he concluido:
no tuvo el lance resultas...
estuve desgraciadillo,
porque otros lances despues
vinieron á interrumpirlo...

Pablo. Justamente de esos lances
es la relacion que pido.

Crispin. Pero...

Pablo. Vamos...

Crispin. (No hay remedio,
me ha pillado en el garlito...
mas yo salvaré á mi prima;
aquí del talento mio.)
Una vez que usted se empeña,
el complacerle es preciso.
Figúrese usted... cuidado,
que todo lo que le digo
es mera suposicion,
parta usted de este principio.

Pablo. Bien, bien...

Crispin. Que estaba yo aquí
en acecho de mi ídolo,
cuando oigo que viene gente;
la luz apago, y muy listo
debajo del velador...
ya ve usted, yo soy chiquito...

Pablo. Mucho: se esconde usted...

Crispin. Pues,
y apenas lo verifico,
cuando entra ella.

Pablo. Y quién es ella?

Crispin. Señor don Pablo, repito
que yo á oscuras nada veo;
bástele saber, amigo,
que ella, para mí, no era ella.

Pablo. Siga usted, siga por Cristo.

Crispin. Mandó que aquí la encerrasen;
contemple usted qué capricho:
pues bueno; cuando creyó
estar sola y sin testigos,
el trapo soltó á llorar,
dió al viento agudos suspiros
por no sé qué indiferencia
de no sé quién... mas... primito,
héte aquí que á lo mejor,
sin saber por qué resquicio,
aparece él.

Pablo. (*Con el mayor arrebato.*)
Miserable!!...

Crispin. No... si yo estaba escondido...

Pablito... el que entró fué él...

Pablo. Siga usted... que yo deliro...

Crispin. Pero que no pague yo
sus trasportes y delirios...

(*Movimiento de impaciencia en don Pablo.*)

Pues, sí señor, voy á eso...
que aparece de improviso:
ella, se pone furiosa,
él, pone en el cielo el grito;
ella—afuera, caballero;—
él—señora, por Dios vivo;—
ella—á qué viene usted aquí?—
él—vengo... á lo que he venido;-
ella—yo tengo virtud;—
él—yo no soy ningun pillo:—
en esto ella y él escuchan
la voz de usted, y el maldito
escapa, y al escapar
dá en tierra con mi escondrijo,
me descubre, y entra usted,
y aparece don Fabricio...

Pablo. Basta, basta.

Crispin. (Que salga otro
mejor de este compromiso.
No he revelado los nombres,
me los tragué, me he lucido.)

Pablo. (*Mirando á la puerta secreta.*)
(Huyó por allí.)

Crispin. Conque,
ya nada me falta, primo,
sino decirle á usté, adios;
sí, sí; nos vamos, partimos,
y me alegro; usted y yo
tenemos el genio vivo,
y no hay grande simpatía...

Pablo. Y cuándo es la marcha?...

Crispin. Hoy mismo.
Qué! dentro de media hora...
Oiga usted, tengo entendido
que tambien nos acompaña...

Pablo. Sí, ya lo sé, me lo han dicho.

Crispin. Calle! ¿usted ya lo sabia,

y deja que... bien, magnífico!
eso se llama tener
una alma de temple fino:
ja! ja!... hasta luego; á ver voy
á mamá... (Pobre marido!)

ESCENA IV.

DON PABLO. *Despues* FABRICIO.

Pablo. Qué estúpido es este mozo:
se rie porque le digo...
Fabricio. (*Sale.*) Señor, ya está levantado...
Pablo. Voy á encontrarle, Fabricio.
Fabricio. Si viene detrás de mí...
Pablo. Y se encamina á este sitio?
es igual: búscame al punto
un buen coche de camino,
y dentro de media hora
que esté á la puerta.
Fabricio. Por Cristo!
se va usté á batir?
Pablo. No.
Fabricio. Es que
si va usted, voy de padrino.
Pablo. No; voy á ver si de casa
echar á ese hombre consigo.
Despues sigo á mi mujer,
lo que me importa averiguo...
porque esa maldita quiere
hacerme perder el juicio.
(*Don Tadeo aparece por el fondo.*)
Luego...
Fabricio. Mírelo usted.
Pablo. Vete.
Fabricio. No hay que perder los estribos,
que usted aquí es nuestro padre...
Pablo. Vete, y haz lo que te he dicho.

ESCENA V.

DON PABLO. DON TADEO.

Tadeo. (Aun nada sabe, pues veo
la calma de su semblante.)
Hola! estamos de levante?
Pablo. Sí, de levante, Tadeo.
Tadeo. Qué tal noche?
Pablo. Buena.
Tadeo. Sí?
Pablo. Y tú?
Tadeo. De las mas hermosas...
Pablo. Pues yo he soñado unas cosas...
Tadeo. Alegrillas?...
Pablo. Así, así...
Tadeo. Y me las vas á contar?
Pablo. Despues.
Tadeo. Despues ha de ser?
Temo que no he de poder
oirlas, vóime á marchar...
Pablo. Qué! me abandonas, me dejas...
y tan pronto... cómo es eso?
Tadeo. Te abandono, lo confieso;
pero suspende tus quejas
y te diré lo que pasa:
no es grave la culpa mia
si te dejo, es por tu tia,
conque todo queda en casa.
Pablo. Esplícate mas, Tadeo:
te ha convidado?...
Tadeo. Eso es,
para ir á pasar un mes
en su casa de recreo.
Pablo. Ya!... la tia...
Tadeo. Es tan amable!
Pablo. Sí, sí; muy buena señora...
(Comprendo la risa ahora
¡ay Dios! de aquel miserable.)
Bueno, me alegro... sí, vé;
allí te divertirás...
pero una vez que te vas

mis sueños te contaré.

Tadeo. Los vas á contar?

Pablo. Pues no;
dime, qué cosa sería
la que mas te ofendería
en la tierra?

Tadeo. Qué sé yo.
Pero no vas á contar
tus sueños de anoche?

Pablo. Sí...
Es que formar quiero mi
composicion de lugar.

Tadeo. Lo que á mí me ofendería?
Es segun... mi genio es breve,
y por la cosa mas leve
á Barrabás me daría.

Pablo. Pues, señor, soñaba yo
que estaba con gran descuido
descansando, cuando un ruido
de mis sueños me sacó.
Escucho, y el ruido crece...
se acerca... ¡maldito sueño!
y un hombre de torvo ceño
dentro mi cuarto aparece.
Era un ladron: me miró,
creyó que estaba dormido,
y entonces el maldecido
á mi gabeta llegó.
Como te veo, le vi:
se apoderó de mi caja,
y de ella sacó una alhaja
de gran valor para mí.
Al ver yo que aquel malvado
me hurtaba una joya tal,
que tal vez no tendrá igual,
y no encontrando á mi lado
ni pistolas ni una espada...
me levanto, y de puntillas
llego, y entre ambas megillas
le asiento esta bofetada.
(*Le da á Tadeo.*)

Tadeo. Pablo! Pablo!!...

Pablo. Esto pasó
cuando creí que dormia;
figúrate lo que haria
estando dispierto yo.
Tadeo. Pero advierte...
Pablo. No te enfandes:
has como yo, he dispertado
y he visto que se han trocado
mis sueños en realidades.
Por arte de Belcebú
he llegado á comprender...
que la joya es mi mujer
y que el ladron eres tú.
Tadeo. Ah!... Cielos!!... conque esto ha sido
una ficcion...
Pablo. Infernal.
Tadeo. Un reto á muerte!...
Pablo. Cabal,
á muerte, me has comprendido.
Tadeo. Lo será! sin remision!
Que no es posible cejar
con el que acaba de echar
en mi rostro este borron.
Pablo. No esperé menos de tí:
estoy muy contento ahora...
trascurrida media hora
vendrás á buscarme aquí.
Por testigos dos criados,
si quieres, pueden bastar;
y adios, que voy á dejar
mis negocios arreglados.
No tardes, y... en conclusion,
para que no te descuides
bueno será que no olvides
que te he dado un bofeton.

ESCENA VI.

DON PABLO. DON TADEO. DON CRISPIN.

Crispin. (*Saliendo.*) Bien, mamá; quedo enterado;
ya sabe usted mi eficacia...

Pablo. (Deslumbremos á este necio.)
Se formaliza la marcha?
Crispin. Al momento: á las señoras
las dejo ya ataviadas
y el carruage las espera.
Pablo. Hombre, y tú no te preparas?
Tadeo. Estoy ya muy preparado...
Pablo. Bien sabe Dios que en el alma
siento de tí separarme...
Tadeo. La ausencia no será larga...
Pablo. Venga un abrazo.
Tadeo. Y aun mil...
Crispin. (Cómo se quieren... se abrazan!...
es un marido perfecto...
qué resignacion!... qué pasta!)
Pablo. Primito Crispin, buen viaje:
apreciaré á usté en el alma
que al mayor de mis amigos
lo trate bien en su casa.
Crispin. (*Sonriéndose.*)
Oh primo!... descuide usted,
que allí nada le hará falta.
Pablo. (*Dándole la mano y apretándosela fuertemente.*)
Pues lleve usté ese recuerdo...
Crispin. Ay! ay!...
Pablo. De mi aprecio.

ESCENA VII.

DON TADEO. DON CRISPIN.

Crispin. Cáscaras!
Si es un gañan... qué apreton
me ha dado... qué salvajada!
y yo que tengo unas manos
tan finas... tan delicadas...
Tadeo. (Oh qué vergüenza, Dios mio!
yo tan cargado de infamia!...
Se abrasa mi frente... Oh!... tengo
todo un infierno en el alma.)
(*Los dos se pasean.*)

Crispin. Pero no es cosa de risa
lo que á usted y á mí nos pasa?
Cuidado que es menester
ser quien es, ó estar en Babia,
para darme á mí un encargo
que... ji... ji... ji... vaya, vaya!...

Tadeo. (Pero... por dónde ha sabido...
quién le descubrió la trama?...
tal vez ella...)

Crispin. Si es mucho hombre;
ya ve usted, á mí me encarga
de quien en esta materia
puede darme quince y falta.

Tadeo. (La ostigaría... no hay duda,
tal vez oyó mis pisadas,
y con violencia!... mas... no;
no dijo que no me amaba?)

Crispin. Pero este hombre no hace caso
de mí, ni de mis palabras.
Qué diablo! todo él se vuelve
suspiros y manotadas...

Tadeo. (Me aborrece... de otro modo
mi ardiente amor ocultára...
todo lo comprendo ahora;
y me convida... ¡qué farsa!
á tiempo que su marido
me insulta... sí, sí; venganza!
volver atrás no es posible...
Y esto... me alboroza el alma.)

Crispin. Pero por Dios, Tadeito...

Tadeo. Quién está aquí! quién me llama!

Crispin. Su amigo de usted; Crispin...

Tadeo. Usted?...

Crispin. Sí.

Tadeo. Me alegro...

Crispin. Gracias.

Tadeo. Me alegro de verle á usted...

Crispin. Pero, qué es lo que le pasa?
está usted pálido...

Tadeo. No...
En este instante pensaba...
en cierto lance de honor

que anoche tuve en las máscaras.

Crispin. Hola, hola!

Tadeo. Va usté á partir
con las señoras?

Crispin. Me agrada
caminar mas á caballo,
y si no viene mi jaca
á tiempo, quiere decir
que luego podré alcanzarlas.
Pero el lance...

Tadeo. Es muy formal.

Crispin. Y... ¿cuándo es...

Tadeo. Esta mañana.

Crispin. Y ¿quién es el desdichado...

Tadeo. Lo ignoro; estaba de máscara...
pero luego... quiere usted
ser padrino de mi causa?

Crispin. Hombre, hombre!!... yo no me he visto
jamás en esas batallas...
y no estoy bien enterado...
por lo demás, mi palabra
de que no hallo inconveniente...

Tadeo. Gracias, amigo, mil gracias.
Voy á darle á usté instrucciones
de lo que ha de hacer... sin falta.
El duelo es á muerte...

Crispin. Sopla!

Tadeo. A muerte, sí; que la mancha
que hay en mi rostro, tan solo
de esta manera se lava.

Crispin. (Pues señor, yo no la veo.)

Tadeo. Si me toca la desgracia
de caer en tierra...

Crispin. Hombre, no!...

Tadeo. Tomará usted una carta
que pondré en este bolsillo,
y que por última gracia
le pido que se la entregue
á su prima sin tardanza.

Crispin. Y si se vuelven las tornas,
y deja usted seco al máscara?

Tadeo. Si la suerte me proteje

y se cumple sin venganza,
volverá usté á su familia,
á quien con la mayor calma
referirá usted el lance
con todas sus circunstancias.

Crispin. Eso sí que lo haré bien;
escúcheme usted. — «Madamas!
Acabo de presenciar
la mas horrible borrasca...»

Tadeo. No olvide usted... y hasta luego.

Crispin. Y nada mas?

Tadeo. Nada, nada.

ESCENA VIII.

DON CRISPIN.

Pues señor, la comision
es peliaguda, es muy árdua;
pero mi capacidad
es tan capaz, que se escapa,
se pierde de vista, soy
todo un hombre de importancia.
Hoy voy por primera vez
á presenciar esa trágica
escena que ha de lavar...
ah, sí!... la mancha... la mancha!!...
Atroz es el específico!...
pero es preciso lavarla.
Figuraré... y de padrino,
como quien no dice nada.
Quién me tose á mí despues?
Quién me tizna, quién me mancha?...
Hola!... mi graciosa prima...
paréceme que aun va larga...

ESCENA IX.

DOÑA MARÍA. DON CRISPIN.

Crispin. Y estás aun así?

Maria. Pues cómo

he de estar, primo?

Crispin. Y la marcha?

Maria. Qué prisa corre? aun hay tiempo.

Crispin. Qué pronuncias, desdichada!
Huye pronto de estos sitios,
que yo llevaré... (la carta
le iba á decir: y si vence?)

Maria. Acaba, Crispin, qué pasa?

Crispin. Qué es lo que pasa? friolera!
se va á lavar una mancha...

Maria. Qué mancha?...

Crispin. Él sabrá cuál es;
yo no la he visto.

Maria. Mas...

Crispin. Nada:
voy de padrino...

Maria. De quién!

Crispin. De Tadeo.

(*Con la mayor ansiedad.*)

Maria. Vírgen Santa!
Un duelo!... dónde está Pablo!...

Crispin. (*Señalando hácia el cuarto de don Pablo.*)
Allí: mas... de qué te espantas?

Maria. Se van á batir... no es cierto!

Crispin. Qué estás diciendo, muchacha?
Acabo de verlos yo
mas dulces que una jalapa
despidiéndose uno de otro
casi derramando lágrimas...

Maria. Pues ¿con quién es...

Crispin. Qué sé yo;
ya lo veremos...

Maria. Me engañas!
Eres padrino, y no sabes
quiénes van á la demanda?...

Crispin. Pero debo yo saberlo?
eso es cosa de ordenanza?...

Maria. Yo no sé... vuela, Crispin,
y tranquiliza mi alma:
tráeme las señas, el nombre...
te lo pido arrodillada...

Crispin. Mujer!... iré, correré...

y volaré... mas que un águila.
(Todo el susto es por Tadeo...
si está ciega, le ama, le ama.)

ESCENA X.

DOÑA MARÍA.

Ya no me aparto de aquí:
basta ya, que tengo miedo...
sí, sí, es preciso: este enredo
no puede seguir así.
Si no es hoy, mañana... no!
puedo llegarlo á perder...
si alguno ha de padecer,
padeceré sola yo.

ESCENA IX.

DOÑA MARÍA. DON PABLO.

Pablo. Sin duda se fueron... Ah!
Aun andas tú por aquí?
Maria. Aun ando, Pablo.
Pablo. Creí
que estabas muy lejos ya.
Maria. Verificar mi partida
sin abrazarte?
Pablo. Pues no.
Ese tiempo ya pasó:
adios. Qué mas despedida?
Maria. Nada mas?... cómo ha de ser!
no miras quién te lo ruega...
Un abrazo no se niega
nunca á la pobre mujer.
Pablo. (Malo!... yo ablandarme suelo...)
Mira... deja de llorar...
es inútil... (Aun va á dar
con mi corage en el suelo.)
Maria. Que ya es inútil, escucho?
Tu rigor es infinito!
Yo no tengo mas delito

que haberte querido mucho.

Pablo. Calla!... calla!!... ese es un lazo...
es... qué sé yo... vete, sí;
me quieres y huyes de mí!...

Maria. Pero... me dás ese abrazo?

Pablo. (Qué jitana es la maldita!...)
No quiero, no puede ser...
(Y si no la vuelvo á ver?
qué lástima! es tan bonita!...)

Maria. Mira que estoy viendo en tí
que al fin me lo vas á dár.

Pablo. Mujer!... me quieres dejar?
(*Alargándole maquinalmente los brazos.*)
Y si es el último?...

Maria. (*Arrojándose á ellos.*)
Ah... sí!
no hay en la tierra poder
que me arranque de tu lado...
Ay Pablo! cuánto ha llorado
tu pobrecita mujer!

Pablo. Pues bien lo supo ocultar,
bastante se ha divertido,
en tanto que á su marido...
pero... yo puedo olvidar!...

Maria. Todito: si te ofendió
tanto desden en María,
echa la culpa á mi tia,
que es la que me aconsejó.

Pablo. Sí, bien; pero... tú me engañas
sin que te haya aconsejado...

Maria. Ya sé que tienes clavado
un puñal en las entrañas.
No es esta tu enfermedad?
Sé franco una vez conmigo,
como yo lo soy contigo;...
tienes celos... no es verdad?

Pablo. Celos!... no; no tiene nombre
el hondo afan que aquí encierro.

Maria. Y de quién ha sido el yerro?
Yo no trage aquí á ese hombre.

Pablo. Silencio!...

Maria. No!... que he de hablar;

bastante prudente he sido...
no quiero que mi marido
de mi fé pueda dudar.
Por qué, Pablo, te enfureces,
si siempre le aborrecí?
Anoche, aquí mismo, aquí...
no se lo dije mil veces?

Pablo. Y el miserable, el traidor...
yo haré...

Maria. No, tú no harás nada:
le tenemos preparada
una... que es mucho mejor.

Pablo. Qué es lo que dices!

Maria. Sí, sí:
él, al campo se va hoy
porque cree que tambien voy...
pero... yo me quedo aquí.
Una vez que esté ya lejos,
sin que nadie advierta nada,
mi tia queda encargada
de darle buenos consejos.
Ya ves...

Pablo. Sí, sí... huyó el afan
cruel que há pocos instantes...
pero... tú has debido antes
iniciarme en ese plan.

Maria. Iniciarte!... y para qué?
nada de eso; yo queria
que no supieras...

Pablo. (*Abrazándola.*) María!
tarde lo que vales sé.

(*En este momento aparecen en el fondo don Tadeo y don Crispin.*)

Maria. Tarde! qué te agita, di?
No es tuyo mi corazon?

ESCENA XII.

DOÑA MARÍA. DON PABLO. DON TADEO. DON CRISPIN.

Tadeo. (Oh!... qué felices que son!)

Maria. (*Viendo á don Tadeo, dice consternada:*)
Ay!!

Pablo. Qué tienes!...
(Reparando en Tadeo.)
Ah! sí... sí...
(Se desprende de los brazos de su mujer, y entra precipitadamente en su cuarto. Doña María, atónita, le sigue con la vista. Tadeo sale de la escena, y dice con amargura á Crispin, que se dispone á seguirle:)
Tadeo. No!... quédese usted.

ESCENA XIII.

DOÑA MARÍA. DON CRISPIN.

Crispin. Lo ves?
á decirte adios venia,
y como...
Maria. *(Con la vista clavada en la puerta del cuarto de su marido.)*
Calla!
Crispin. María!
qué te pasa?
Maria. Calla!...
Crispin. Eso es!
Maria. Dime, tú no has reparado
que apenas á ese hombre vió
mis caricias rechazó
y se alejó demudado?
Crispin. Yo te diré; tengo dias
en que, como hoy, nada veo...
Maria. Se va á batir con Tadeo!
Crispin. Volvemos á las manías?
Maria. Sí, sí!... se van á batir...
todos me estais engañando!...
ay de mí!... que estoy temblando
de verle otra vez salir.
(Aparece don Pablo con trage de salir á la calle.)

ESCENA XIV.

DON PABLO. DOÑA MARÍA. DON CRISPIN.

Maria. Ah!
Pablo. Qué es eso?
Maria. (*Con resolucion y cortándole el paso.*) Adónde vas?
Pablo. A salir...
Maria. A un desafio!
Pablo. Yo!... mujer...
Crispin. Qué desvarío!
Maria. Lo sé todo, no saldrás.
Pablo. Es decir, en conclusion...
¡el corazon se me arde!
que ha venido ese cobarde
á gozarse en tu afliccion?
Maria. No, no; equivocado estás:
yo por él nada he sabido...
por mi corazon ha sido,
que no me engaña jamás.
Pablo. (Ah torpe!... que he confesado...)
Crispin. (Ah necio! que no entendí...)
Pablo. María... me pesa, sí,
de encontrarme en tal estado.
Ve cuál es mi situacion,
y será bien que te advierta
que ó me dejas esa puerta
ó salto por un balcon.
Maria. Y saltaré yo detrás!
qué! piensas que tengo miedo...
Pablo. Aparta!... que ya no puedo
volver mi destino atrás.
(*Separa á doña María y se dirige al fondo, por cuya puerta sale Fabricio con una carta.*)

ESCENA XV.

DON PABLO. DOÑA MARÍA. DON CRISPIN. FABRICIO.

Fabricio. Alto ahí.
Pablo. Qué es eso?

